

La Cruz fuente de vida

Georges Stéveny

Biblioteca de libros adventistas en PDF

<https://www.facebook.com/groups/librosadventistaspdf>

Para uso exclusivamente personal

Se prohíbe su comercialización

1983 Monasterio de Poio

Editada por:

Aula7activ@

Edita

Aula 7 activ@

Garcia i Fària, 57-59, 4t, 2a

08019 Barcelona

Tel.: +34 933032646

Fax: +34 933032693

E-mail: info@aula7activa.org

Web: www.aula7activa.org

Todos los derechos reservados. Se permite la impresión de las publicaciones de www.aula7activa.org sólo para uso personal. No está autorizada la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento para su difusión pública, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y su difusión por Internet, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Los archivos informáticos de las publicaciones electrónicas no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

Copyright 2004 Georges Stéveny

Copyright 2004, Aula7activa-AEGUAE, en español para todo el mundo.

Depósito legal: B-16361-2004

AULA 7 está abierta a todo tipo de colaboraciones. Los artículos publicados expresan exclusivamente las opiniones de sus autores.

Agradecimientos: A los compañeros de Vigo que de forma altruista transcribieron las cintas de video a "mecanoescrito". Y a Marc Gelabert que ha pasado dicho "mecanoescrito" a soporte informático.

Introducción

En el año 1983 tuvo lugar en el monasterio de Poio la X Convención de AEGUAE. El tema “La cruz, fuente de vida” y el orador Georges Stéveny estuvieron a la altura de las expectativas en ellos depositadas. No cabe duda, para aquellos que han sido discípulos suyos o han tenido el placer de escuchar o leer sus escritos, que el pastor Stéveny es uno de los pensadores más importantes que ha dado la Iglesia Adventista en los últimos años, como así lo demuestra su reciente obra *À la découverte du Christ*.

El presente escrito, a pesar de intentar ser un fiel reflejo de las charlas pronunciadas en Poio, no es más que un pálido reflejo del verbo de Georges Stéveny. Pero persuadidos de que puede servir de inicio en un tema de capital importancia, como así lo pudimos vislumbrar los que tuvimos la suerte de escuchar al orador en Poio, lo depositamos en tus manos.

Los editores.

Índice

- I. El escándalo de la crucifixión: ¿orden?, ¿desorden?
- I.1. Justificación y santificación, versus monergismo y sinergismo
- I.2. La muerte física de Cristo
- I.3. ¿Quién es el responsable de la muerte de Jesús?
- I.3.1. Determinismo histórico en la muerte de Jesús
- I.3.2. ¿Cómo ve Jesús su propia muerte?
- I.3.2.1. Pecado humano
- I.3.2.2. Voluntad divina
- I.3.3. La muerte de Cristo: ¿un sacrificio?
- I.4. Preguntas y respuestas

- II. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué?»
- II.1. El siervo de Jehová de Isaías
- II.1.1. «Cargó con nuestras enfermedades»
- II.2. La encarnación de Jesús
- II.3. Levantado en la cruz
- II.4. El abandono de Dios

- III. Reconciliación y adopción. ¿Por qué?, ¿cómo?
- III.1. Rescatados de la maldición de la ley
- III.2. Reconciliación
- III.3. Adopción
- III.4. Preguntas y respuestas

- IV. ¿Qué hace en el cielo? La intercesión
- IV.1. «Si Dios por nosotros»
- IV.2. La intercesión de Jesús
- IV.2.1. «El acusador de los hermanos»
- IV.2.2. «Entregado por nuestras transgresiones». Redención
- IV.3. El Consolador

- V. El sacrificio, ¿por qué?
- V.1. El por qué de la muerte de Cristo
- V.1.1. Noción de satisfacción
- V.1.1.1. Criticas a las tesis de Ireneo
- V.1.2. Atanasio
- V.1.3. Anselmo de Canterbury y la sustitución vicaria
- V.1.3.1. Abelardo. Criticas a las tesis de Anselmo
- V.2. La muerte de Jesús
- V.2.1. ¿Un rescate al diablo?
- V.2.2. ¿Un rescate a Dios?
- V.2.3. ¿Expiación o liberación del pecado?
- V.3. La justicia de Dios
- V.3.1. Jesús: mediador y Sumo Sacerdote

VI. Vocabulario griego-castellano

VII. Vocabulario hebreo-castellano

I. EL ESCÁNDALO DE LA CRUCIFIXIÓN: ¿ORDEN?, ¿DESORDEN?

El tema que vamos a tratar, es particularmente sagrado. Yo diría que para acercarnos a este tema tendríamos que hacer igual que Moisés cuando se acercó a la zarza ardiendo, quitando los zapatos de sus pies. Moisés se daba cuenta que se estaba introduciendo en un lugar sagrado. Si la zarza ardiente era considerada como algo sagrado, ¿qué diremos de la cruz de Cristo?

En estos temas hablaremos de la muerte de Cristo. Y creo que lo primero que debo hacer, es situar el tema. A mí no me gusta la teología por la teología, me gusta que alumbré mi camino, una teología que alumbré mi mente y mi corazón, que me ayude a vivir cada día mejor. En esa teología la muerte de Cristo tiene un lugar especial. Me gustaría que no olvidaseis esto en todas las reuniones que vamos a tener juntos. Tenemos que procurar en todo momento ver cuál es la aplicación práctica.

I.1. JUSTIFICACIÓN Y SANTIFICACIÓN, VERSUS MONERGISMO Y SINERGISMO

Cuando estudiamos la Biblia nos damos cuenta que quien justifica al hombre es Dios. En Romanos 8, dice el apóstol Pablo: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica» (Rom. 8: 33). Y todos sabéis a qué se refiere esta justificación: se trata de un veredicto, de un juicio de Dios hacia el hombre. Antes de este veredicto el juicio de Dios consideraba al hombre culpable, el hombre se apartó de los caminos de Dios. El hombre, que debe seguir las instrucciones divinas, se ha apartado de ellas; pero apartarse de Dios, es apartarse de la vida. Por eso, Dios podía decir perfectamente a Adán: «el día que pecares, morirás...».

La justificación es una nueva manera de mirar que Dios tiene hacia el hombre pecador. En vez de ver al hombre pecador, lo ve justo, y lo ve justo a través de Jesucristo. Es a partir de que el hombre por la fe se une a Cristo que Dios mira a Cristo en nosotros en vez de ver al hombre. Ahí ocurre una especie de estrechamiento del tiempo, el tiempo se comprime. En el momento en que el pecador se une a Jesucristo sigue siendo pecador, pero Dios no lo ve ya como pecador; Dios ve en él ya el resultado que va a tener esta unión del hombre con Cristo.

Por eso puedo hablar de algo así como una compresión del tiempo. Igual que nosotros podríamos ver el roble en la bellota, Dios puede ver en aquel que acude a Cristo, una verdadera proyección de la vida de Cristo en la vida del hombre. Eso es la justificación: un juicio, un veredicto de Dios, por el cual ve al hombre de otra manera. «Dios es el que justifica» (Rom. 8: 33).

Cuando interrogamos a la Biblia acerca de la santificación, las cosas no son tan sencillas. Por una parte, la Biblia nos dice que el que nos santifica es Dios. Por ejemplo, en la primera epístola a los Tesalonicenses: «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. —El versículo 24 insiste en esta idea.— Fiel es el que os llama, el cual también lo hará» (1 Tes. 5: 23, 24). Lo que está claro es que Dios es el que santifica. Dios nos justifica y Dios nos santifica.

Pero en el proceso de la santificación se pide al hombre que colabore. Muchas veces en las Escrituras se nos dice: «Sed santos porque Dios es santo». En 1 Pedro: «sino, como

aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en vuestra manera de vivir» (1 Ped. 1: 15).

Y el apóstol Pablo pide a veces al hombre que participe con su esfuerzo. Por ejemplo, en Filipenses: «Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones ni contiendas, para que seáis irreprehensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminas en el mundo» (Fil. 2: 12-15). En este pasaje encontráis dos ideas aparentemente contradictorias. Por una parte se dice que es Dios el que opera en nosotros tanto el querer como el hacer; o sea, es Dios el que santifica. Pero por otra parte, el apóstol Pablo dice: «ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor». Ahí veis que hay una acción del hombre que se une a la de Dios. Sobre este punto hay dos grandes sistemas teológicos que se oponen: monergismo y sinergismo. Entre ambos hay diferencias fundamentales: en el monergismo hay una única acción, es Dios el que hace todo; por el contrario, en el sinergismo, hay una acción conjugada: el hombre actúa con Dios, y Dios actúa con el hombre.

Ya San Agustín predicaba el monergismo. San Agustín era el hombre de la gracia absoluta: la gracia lo hará todo. San Agustín estaba subyugado por la grandeza de la gracia de Dios: Dios es el que acepta, y es el que rechaza; el hombre no puede hacer nada para cambiar los planes de Dios. El tema fundamental del pensamiento de San Agustín es la soberanía absoluta de Dios.

Esta idea del monergismo aparece en la historia en varias ocasiones y se desarrolla especialmente en el pensamiento de Calvino, aunque también en el pensamiento de Lutero hacia el final de su ministerio.

En el 1520 d.C. cuando Lutero no había abandonado del todo la Iglesia, escribe un libro que trata de la libertad cristiana; en ese libro intentaba coordinar la libertad de Dios y la libertad humana. Había allí un lugar para la gracia y otro para la voluntad humana. Pero sobre este punto hubo una discusión acalorada entre Lutero y Erasmo y, después de esas entrevistas entre ellos, Lutero, al final de su vida, publicó un libro en latín: *De servo arbitrio*, en el cual cambia totalmente el punto de vista. Lutero llega a suprimir completamente la parte del hombre en su propia salvación. La salvación, para él, estaba totalmente adherida a la gracia de Dios. Y terminó su libro con una ilustración que os recuerdo ahora: Comparaba al hombre con una bestia de carga, un caballo que se encuentra entre dos jinetes; hay un jinete que se llama Dios, y otro que se llama Satán. El hombre está entre los dos. Si es Dios el que monta a caballo del hombre, entonces el hombre hace el bien; pero si es Satán el que monta a la grupa del caballo, entonces el hombre hace el mal. Así que según esta teoría, es la soberanía de Dios la que decide todo. Esto es el monergismo.

Hoy hay una cierta tendencia en la Iglesia Adventista hacia el monergismo. Hay muchos adventistas con los que no se puede hablar prácticamente nada de la obediencia del hombre a la ley de Dios. Como si simplemente la sola palabra obediencia ya fuera suficiente para acusarlos de legalismo, cayendo entonces en la salvación por las obras. Somos salvos solamente por la muerte de Cristo. Cristo ha pagado. Cristo ha satisfecho. La muerte de Cristo ha sido puesta en lugar de la muerte del culpable. El hombre ya no tiene nada más que hacer, solamente decir: ¡Gracias! Puede decir gracias como quiera. Y en ese sistema cualquier alusión a la ley puede ser algo equívoco.

Así pues, como podéis ver el problema del sentido de la muerte de Cristo tiene unas repercusiones prácticas muy grandes.

Hemos mostrado los peligros del monergismo: despoja al hombre completamente de cualquier participación en su salvación. Entonces, hay una gran cantidad de textos en la Escritura que no tienen sentido si se rechaza eso. Por ejemplo, bajo aquella concepción, ¿cómo entender el texto que dice: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor»? ¿Cómo entender el versículo: «La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios» (1 Cor. 7: 19)? Porque hay un montón de textos que, si aquello no fuera cierto, no serían comprensibles.

Pero en el extremo opuesto hay otro sistema, el sinergismo, en el que el hombre colabora con Dios. Pero, en este sistema también hay un peligro. Todo lo que el hombre hace en favor de su salvación, hace al hombre adquirir méritos. De manera que Dios se convierte en deudor del hombre, Dios le debe al hombre una recompensa. Por lo tanto, el mayor peligro por parte del hombre es caer en el orgullo de la justicia propia, del formalismo, del farisaísmo.

Como veis, estos dos sistemas tienen sus ventajas y sus desventajas.

Según mi humilde parecer, solo una correcta comprensión de la muerte de Cristo, de la obra de Cristo, puede evitarnos que estemos navegando en aguas turbias. Solo así tendremos una idea bella, clara y luminosa de lo que es la salvación en Jesucristo.

Así pues, con esta preocupación en mente, vamos a proceder a nuestro estudio.

I.2. LA MUERTE FÍSICA DE CRISTO

Esta tarde nos toca hablar del escándalo de la muerte de Cristo. No quiero detenerme demasiado en el aspecto físico de la muerte de Cristo. Sin embargo, no creo que sea totalmente inútil recordaros algo acerca de esto. Porque creo que a veces nos acostumbramos demasiado a hablar de la cruz, y por eso la hemos banalizado. Hay quien se emociona al ver un gato atropellado en la carretera, pero al hablar de la cruz de Jesús lo hace como algo completamente banal. Un gran literato francés ha dicho que no hay nada en la literatura griega, en Sófocles y en Esquilo; nada en la literatura inglesa, ni siquiera en Shakespeare; nada en la literatura italiana, ni siquiera en Dante... que alcance el dramatismo de la muerte de Cristo. Víctor Hugo, en uno de los pasajes más célebres de sus *Contemplaciones*, dice: «En todas partes está escrito el martirio. Una inmensa cruz yace sobre nuestra noche profunda. Vemos sangrar en las cuatro esquinas del mundo, los cuatro clavos de Jesús». ¡Está dicho de una manera tan admirable!

¿Cómo fue físicamente la muerte de Jesús? Hoy tenemos informaciones bastante precisas al respecto: históricas, teológicas y médicas. Voy a resumirlas brevemente, porque podríamos pasarnos mucho tiempo hablando de ello.

Se sabe perfectamente cómo se procedía a la crucifixión en tiempos de Jesús. En el lugar donde se pronunciaba el veredicto se encontraba la parte horizontal de la cruz, llamada *patibulum*. Y en el lugar donde se llevaba a cabo la crucifixión se encontraba clavada en el suelo, la parte vertical de la cruz llamada estipe. Cuando un acusado era condenado a muerte tenía que llevar el *patibulum* desde el lugar donde se había proclamado el veredicto hasta el lugar de la ejecución. Este madero pesaba, a veces, hasta cuarenta kilos. De modo que, en la mayoría de las ocasiones, el condenado no tenía que llevar la cruz completa, sino solamente una viga. Cuando se llegaba al lugar de la cru-

cifixión, se echaba al suelo el *patibulum*, se acostaba sobre él al condenado y el verdugo que lo clavaba al patíbulo, en general, clavaba el clavo no en la palma sino en la muñeca.

El doctor Barbier, francés, hizo experimentos con condenados a muerte. Intentó colgar a los condenados por las palmas de las manos, pero el peso del condenado desgarraba sus manos. Sin embargo, este inconveniente no se producía si el clavo era introducido en las muñecas. Se han encontrado esqueletos de ejecutados, con pruebas de que habían sido colgados por las muñecas. Como tenemos gran cantidad de nervios que pasan por esta zona, el sufrimiento que se produce es atroz.

Cuando el condenado era clavado de esta manera al patíbulo, cogiéndolo por los extremos, se levantaba el patíbulo. Estas cruces no tenían cuatro metros de altas, sino solamente unos dos metros y medio. Pero yo no puedo decirlos, queridos amigos, que Jesús fuera ejecutado así. Lo único que puedo es afirmar que este era el método habitual. Todos los especialistas interesados en la cuestión están de acuerdo. Así pues, los pies estaban clavados sobre el estipe y no sobre un pedestal, sino sobre el madero mismo, en una posición atroz. Normalmente, el condenado moría de enfisema: aspiraba aire, pero no podía espirarlo. Por esta razón, para poder espirarlo, se apoyaba sobre las llagas de los pies, con lo cual, podía expulsar algo. Y si ocurría que le partían los huesos de las piernas, era solamente para abreviar el suplicio. Como sabéis en el caso de Jesús no hubo necesidad de hacerlo. Cuando el soldado pasó para quebrarle las piernas, ya estaba muerto. Según todos los especialistas la muerte en la cruz, era una muerte atroz; es una de las más dolorosas que se hayan podido imaginar.

I.3. ¿QUIÉN ES EL RESPONSABLE DE LA MUERTE DE JESÚS?

Aquí, el problema que queremos intentar resolver esta tarde es el siguiente: ¿quién fue el responsable de la muerte de Cristo?, ¿quién mató a Jesús?

Mi preocupación no es la de hacer una encuesta jurídica, para saber si los responsables son los judíos o los romanos. Lo que quisiera ver es cuál es la parte de Dios, y cuál la parte de los hombres en la muerte de Jesús. Porque en muchos sistemas teológicos se presenta como el resultado de la voluntad del Padre: todo el pecado del mundo ha sido puesto sobre Cristo; Dios entonces maldijo a Cristo, y es esta maldición de Dios lo que provoca la muerte de Cristo.

Esta idea es una simplificación, una síntesis, y yo quiero hacer una pequeña investigación, para mostraros que no es así. Y va a tener como punto de partida los propios evangelios. Vamos a ver como aparecen dos pistas. Una que es la que yo llamaría del determinismo histórico; y otra en la que vamos a ver aparecer una lectura teológica de los textos, en la cual vemos manifestarse la voluntad de Dios. Y en los últimos momentos, intentaré mostraros cómo estas dos pistas se superponen. Vamos, pues, a resumir.

I.3.1. Determinismo histórico en la muerte de Jesús

Hemos visto con qué espíritu queremos estudiar la muerte de Jesús. Lo vamos a hacer en relación con las consecuencias prácticas que tiene para la salvación de los seres humanos.

Hemos visto que la muerte de Cristo es algo infame, innoble, indescriptible, etcétera. Y ahora vamos a averiguar quién fue responsable.

A primera vista, cuando leemos los Evangelios, vemos una serie de amenazas que se ciernen sobre Cristo.

En Lucas vemos el relato de la presentación del niño Jesús. Simeón se acerca al niño y lo bendice: «He aquí, este está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha; y una espada traspasará tu misma alma, para que sean manifestados los pensamientos de muchos corazones» (Luc. 2: 34, 35). Desde este momento hay como un rumor trágico que planea sobre Cristo. Y no es más que un bebé de cuarenta días, un niño que acaba de nacer, pero ya se profetiza que una espada traspasará el alma de su madre.

Un poquito más lejos leemos en Juan una declaración que sigue inmediatamente al milagro de las bodas de Caná. Estamos en el comienzo mismo del ministerio de Jesús. Acaba de entrar en el templo y descubre hasta qué punto el templo está pervertido, una verdadera cueva de ladrones. Entonces, dirigiéndose a los judíos les dice: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Juan 2: 19). «Destruid este templo.» Podéis ver perfectamente que los judíos no tenían ninguna intención de destruir el templo. El templo de Jerusalén es el máximo motivo de orgullo de los judíos, es su misma razón de ser. No tienen pues tal deseo. Pero Jesucristo hablaba de su propio cuerpo y los apóstoles lo comprendieron más tarde. Por lo tanto, lo que Jesucristo quiere decir es lo siguiente: «Continuad burlándoos de Dios, seguid profanando el templo de Dios, que vais a acabar destruyendo al verdadero templo de Dios, dónde Él vive. Me vais a crucificar». Y aquí nos encontramos totalmente al principio del ministerio de Jesús. Ya hay otra alusión a su muerte. Pronto las amenazas directas se ciernen sobre Jesús.

Jesús va a Galilea, más o menos un año después de comenzar su ministerio y pronuncia su primera predicación en Nazaret. En un primer momento la gente está maravillada, Jesús es extraordinario. El texto que lee en la lectura en la sinagoga, es una profecía de Isaías, que anuncia la venida de Jesús: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar las buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año favorable del Señor» (Luc. 4: 18). Cuando se examina el vocabulario de este pasaje, unos descubren que el «año favorable» del que habla aquí, es un año jubilar. En otras palabras, Jesucristo sitúa su ministerio dentro del marco radiante de un jubileo. El año jubilar es el año en que se dejan los suelos en barbecho, en el que se cancelan las deudas, se liberta a los esclavos. Sobre todo es el año en que se redistribuye la tierra para aquellos que la han perdido en los cincuenta años anteriores.

¿Jesucristo viene a anunciar un jubileo? Jesús hablaba en un plano espiritual, pero ellos no lo entendieron. Todos los que tenían posesiones, se sintieron amenazados por esta predicación. ¿Y qué resultado tuvo? Lucas dice: «Entonces todos en la sinagoga fueron llenos de ira, oyendo estas cosas; y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual la ciudad de ellos estaba edificada, para despeñarle» (Luc. 4: 28, 29). Así pues, desde el principio de su ministerio, tanto en Galilea como en Judea, los peligros de muerte se ciernen sobre Jesús.

Volvamos al evangelio de Juan, y tenemos una conversación entre Jesús y sus hermanos. Estos todavía no han comprendido su ministerio y se burlan de él. Le dicen: «¿Porqué no vas a Jerusalén y haces estas cosas? Es en Jerusalén donde se tienen que hacer». Y Jesús les responde: «Mi tiempo aún no ha llegado. [...] No puede el mundo aborreceros a vosotros;

mas a mí me aborrece, porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas» (Juan 7: 6, 7). Como veis, la predicción de Jesús es seria. Hasta ahora Jesucristo ha escapado de las amenazas, de los peligros, casi como, si dijéramos, por encanto.

No sabemos cómo ocurrieron estas cosas, pero podemos pensar que Jesucristo ha escapado de las amenazas porque fue protegido por su Padre. Peor, empieza a decir que llegará un momento en que él no va a recibir esta protección.

Jesús es objeto del odio, y el odio es criminal. Pronto el odio se va a organizar contra él. En Juan 11 vemos la copa desbordando. Podríamos leer a partir del versículo 25, pero voy a resumir para ganar tiempo. Ahora estamos en Jerusalén, y el sumo sacerdote Caifás se da cuenta de que Jesús está comprometiendo de alguna manera las relaciones entre los judíos y los romanos. Y esta vez dice: «Nos conviene que un hombre muera por el pueblo y no que toda la nación perezca. [...] Así que desde aquel día acordaron matarle» (Juan 11: 50, 53). Como veis, queridos hermanos y hermanas, la muerte de Jesús no sobreviene de una manera inesperada, sin que se sepa porqué.

La muerte de Jesús ha sido algo preparado, desde el principio hubo amenazas de muerte. Y cada vez han sido orquestadas más cuidadosamente, hasta que al final se toma la decisión. Y cuando Jesús sea llevado a la muerte, el apóstol Pedro dirá en Jerusalén en el discurso del Pentecostés: «Vosotros lo habéis crucificado, vosotros lo matasteis con manos de impíos». Pedro no dice que Jesús murió porque Dios quiso que muriera. Pedro no dice que Jesús murió en lugar nuestro; tampoco dice que muriera porque tenía que pagar por nosotros. De momento, Pedro se contenta con decir: «Vosotros hicisteis morir a Jesús, y Dios lo ha resucitado de los muertos». En Hechos 2: 23, «vosotros lo matasteis». En el versículo 24: «Dios lo ha resucitado». Así vemos que las amenazas, el complot,... llegan, por fin, a la muerte de Jesús, terminan con su muerte.

I.3.2. ¿Cómo ve Jesús su propia muerte?

Vamos a ver ahora unos cuantos textos en los que descubriremos cómo Jesús veía, él mismo, su muerte. Y para ganar tiempo, voy a evocar algunos de los pasajes sin leerlos.

En un momento dado unos discípulos de Juan el Bautista, que ahora se habían convertido en discípulos de Jesús, vienen a preguntarle y se encuentran un poco desconcertados. Juan Bautista era un asceta, no comía, no bebía, era un hombre sobrio. Pero Jesús no era un asceta, participa de festines, de banquetes con amigos. Los partidarios de Juan el Bautista se sorprenden y se escandalizan de eso; Jesús les responde: «Mis discípulos no tendrán siempre al esposo, o al novio con ellos; el esposo les va a ser quitado, y en aquel momento, ya podrán ayunar». Muy pronto Jesucristo evoca ya su desaparición. (Mar. 2: 18-20.)

En otra ocasión Jesucristo está de alguna manera enfrentado con Herodes. En Lucas 13 leemos que Herodes lo quería matar; y los discípulos le piden a Jesús que huya, que se marche. Jesús les responde: «Id y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra. Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén» (Luc. 13: 32, 33).

Primero dice: «El esposo les será quitado», y ahora dice: «Porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén». Más tarde Jesús hablará de una copa que tiene que apurar, de un rescate que tiene que pagar. En la parábola de los vendimiadores, de los obreros de la viña, hablará del hijo que ellos asesinan.

Y llegará un momento en el que Jesucristo dejará de hacer alusiones y hablará de una manera directa. Marcos nos menciona tres de estas declaraciones. «Y comenzó a enseñarles, que el Hijo del hombre debía padecer mucho, y ser rechazado por los ancianos, por los principales sacerdotes y los escribas, ser condenado a muerte, y resucitar a los tres días» (Mar. 8: 31). «Porque enseñaba a sus discípulos y les decía: “El Hijo del hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día”» (Mar. 9: 31). «Mirad que estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas; y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles, y se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y matarán, y a los tres días resucitará» (Mar. 1: 33, 34). Aquí vemos cómo Jesús predice su muerte.

Veamos ahora cuál fue la actitud de Jesús ante la muerte. Nos encontramos totalmente al final de su ministerio terrestre. Jesús está invitado en casa de Simón y, durante la comida, una mujer, que había sido pecadora y ahora estaba arrepentida, derrama el perfume contenido en un vaso de alabastro sobre Cristo. Ante las recriminaciones de los apóstoles, Jesús dice: «No la riñáis, ella ha hecho esto en vistas a mi sepultura» (Mat. 26: 6-13). Poco tiempo después organizan la cena de Pascua y Jesucristo instituye la Santa Cena. Durante la comida denuncia a Judas. Mientras toma el pan y el vino, Jesús alude al nuevo pacto (alianza): «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre» (Mat. 26: 17-29). Más tarde Jesús alude al pastor golpeado y herido... (Mat. 26: 31). Y por fin llegamos a la noche del Getsemaní, en la que Jesús habla de su lucha atroz, que le arrancó sudor de sangre (Luc. 22: 39-46). Después viene el arresto y ya sabéis como ocurrieron las cosas. Y a veces nos da vergüenza el saber cómo ocurrieron: A Jesús lo trataron como a un vulgar bandido; fue detenido a golpes de palo, como un hombre peligroso. Lo arrastrarán a casa de Anás, después a casa de Caifás, después al Sanedrín, después a Pilatos, Pilatos lo despacha a Herodes, Herodes lo devuelve a Pilatos, Pilatos quiere sacarse de las manos este proceso y lo hace azotar, pero los judíos no se quedan satisfechos. Pilatos quiere sacarse esto de encima proporcionándoles la liberación de Barrabás, escoger entre Barrabás o Jesús, pero la muchedumbre, el gentío, grita la muerte de Jesús. Pilatos se lava las manos y abandona al condenado, a Cristo, en manos del pueblo (Mat. 26: 47-68; 27: 15-31).

Jesucristo ve su muerte como un crimen. Aquí estamos llegando a la cima de una parte de nuestra investigación. Vamos a leer dos o tres textos formales sobre este punto.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: “Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la sangre de los profetas!” Así que dais testimonio contra vosotros mismos que sois hijos de los que mataron a los profetas. ¡Vosotros también colmad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, engendros de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? Por tanto, he aquí que yo os envío profetas, sabios y escribas, y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, a otros azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar. De cierto de cierto os digo, que todo esto vendrá sobre esta generación. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que a ti son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas y no quisiste!» (Mat. 23: 29-37).

Os voy a pedir perdón por hacer una caricatura, pero quisiera que vosotros sintieseis lo que quiero hacer os comprender.

¿Es que Jesús dice: «¡Ah! ¡Estaba esperando cuál sería mi forma de morir! Mi Padre quería que yo muriera, y yo no sabía cómo iba a ser por fin mi muerte. Pero ahora comprendo: me vais a matar vosotros. ¡Ah, eso es lo que hace falta para salvar a los hombres!»). Ciertas teologías hacen razonar a Jesús más o menos de esta manera. Pero, queridos hermanos, yo he preguntado a cientos de cristianos de todas las denominaciones. Gente culta y sencilla, cristianos de muchos años y recién convertidos... A todos les he preguntado: ¿Por qué murió Jesús? O bien me decían: «No lo sé», o bien: «Para pagar». ¿Para pagar qué?, ¿a quién? Y las respuestas no me llevaban muy lejos.

1.3.2.1. Pecado humano

Se parte de la idea de que la muerte de Cristo es la voluntad de Dios. Ahora bien, estoy mostrándoos aquí una primera pista, la del determinismo histórico. Hay una serie de razones naturales, históricas, que llevan a Jesús a la muerte.

En la muerte de Cristo hay un escándalo humano, y Jesús acusa a los responsables de esa muerte: «Raza de víboras», «Colmad la medida de vuestros padres», «¿Cómo escaparéis del castigo?»).

Jesús está muy lejos de felicitar a esa gente por ser instrumentos dóciles en manos de Dios. No les dice que ellos fueron predestinados por Dios para llevar a cabo sus [los de Dios] planes.

Vamos a leer otro texto, en el cual Jesús expresa su horror, cuando habla de Judas: «Porque el Hijo del hombre se va, como está escrito de él, pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es traicionado! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!» (Mar. 14: 21).

Si Judas hubiese sido el instrumento providencial en la muerte de Cristo, Jesús no habría tenido derecho de hablar así. Sabéis que hay gente que llega a elevar a Judas a la categoría de nuestro verdadero salvador. Hacía falta alguien, algún alma que se atreviese a denunciar a Jesús, puesto que Jesús, para satisfacer a Dios, tenía que morir. Luego, hacía falta alguien en la tierra que condenase a Jesús. Por consiguiente si llevamos este razonamiento hasta sus últimas consecuencias, el verdadero salvador sería Judas; porque Judas sí dio su vida, y definitivamente perdida. Jesús da su vida, pero la recupera al tercer día. Comprended que este razonamiento nos lleva a algo totalmente absurdo. No hay nada en la Biblia que nos permita apoyar esta teoría.

Para Jesús, Judas está nada más ni nada menos que cometiendo un crimen. Jesús llama al acto de Judas, un pecado. En Juan 19: 11 Jesús habla con Pilatos y le dice: «Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene». ¿Qué quiere decir esto? Que Pilatos comete un pecado, pero Judas, que es el que ha entregado a Cristo, aún comete un pecado mayor. La empresa llevada a cabo por Judas, es un pecado. Jesús protesta contra la violencia que se ejerce contra él.

Queridos amigos, todo este complot no es la obra de Dios, es la obra de Satán. En Juan 13: 27, leemos: «Y después del bocado, Satanás entró en él». Luego, ¿no está claro? ¡Es la obra de Satanás! No tengáis ningún miedo de decirlo en voz alta. La muerte de Cristo fue preparada desde su llegada a este mundo. Las amenazas empiezan desde el princi-

pio de su ministerio y se van precisando de semana en semana. Por fin, se trama el complot, se empieza a llevarlo a la práctica. Jesús acusa a los judíos de cometer un crimen y acusa a Judas de ser el instrumento de Satanás para cometer tamaño pecado.

Aquí tenemos, queridos hermanos, una primera lectura en nuestra investigación. Pero mirando las cosas desde más cerca descubrimos también una segunda lectura. Voy a ir un poquito más deprisa porque este aspecto es menos discutido.

1.3.2.2. Voluntad divina

Cuando Jesús habla de su muerte, de su hora, habla de su muerte como algo en conformidad con las Escrituras.

En el jardín del Getsemaní, Jesús ora: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa» (Mat.26: 39), «pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Luc. 22: 42). Luego también hay algo en la muerte de Cristo que es el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Los autores del Nuevo Testamento van a descubrir en la muerte de Cristo el antitipo de aquellos tipos que se simbolizaban en los sacrificios. Y van a ver la relación que hay entre el «siervo de Jehová» de Isaías 53 y la muerte de Cristo. La muerte desgraciada del «siervo de Jehová», en el salmo 22, también será un antitipo de la muerte de Cristo.

Así pues, aquí tenemos una segunda pista. En primer lugar, son los elementos humanos los que conducen a Cristo a la muerte. Es el pecado de los hombres, no una maquinación de Dios, una maquinación satánica. Segunda pista: sin embargo, también está ahí la voluntad de Dios. Entre estas dos pistas hay que encontrar la armonía. Y eso es lo que nos debe enseñar el escándalo de la cruz. (Si no comprendemos el escándalo de la crucifixión, pasamos por alto textos cruciales, hemos leído muchos, pero podríamos leer el doble.)

¿Cómo pues establecer el paso de una pista a la otra? Tenemos que leer uno o dos textos. Lucas 9 habla de la transfiguración de Jesús.

¿Sabéis cuándo tuvo lugar la transfiguración? Es importante localizar los acontecimientos y ver cuándo ocurren. La transfiguración tuvo lugar inmediatamente después que Jesucristo anunciase su muerte por primera vez. Esto queda particularmente claro en el evangelio de Mateo. Y, como sabéis, Mateo agrupa los acontecimientos en razón de su significado. Mateo cuenta como Jesús se marchó por la zona de Cesárea de Filipo. Estamos al final del ministerio de Jesús. Solo le quedan unos seis meses. Jesús se da cuenta que todavía le quedan muchas cosas que enseñar a sus discípulos. Se aparta de la muchedumbre, busca introducirse en lugares donde es poco conocido, para poder dedicar mayor tiempo a sus amigos.

Mientras se encuentra allí, en el extremo norte de Cesárea, plantea la pregunta: «¿Quién dice la gente que soy yo?» (Luc. 9: 18). Sabéis muy bien como Pedro acaba diciendo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Mat. 16: 16). Y en esa ocasión, unos momentos más tarde, es cuando Jesús anuncia por primera vez su muerte. Y el primer acontecimiento que Mateo cuenta después de eso es la transfiguración.

En el relato de la transfiguración hay un detalle que me parece particularmente interesante, que por regla general no se suele subrayar. El único evangelista que lo hace notar es Lucas. Lucas nos dice que Jesús se encuentra hablando con Moisés y Elías —ese detalle también lo dan los otros evangelistas—. Pero Lucas nos dice de qué hablaban Moisés y Elías con Jesús: «De su partida, que Jesús iba a cumplir en Jerusalén» (Luc. 9: 31).

Así pues, ¿de qué hablaban Jesús, Moisés y Elías en el monte de la transfiguración? Jesús hablaba de su muerte en Jerusalén. Todo ocurre como si Dios enviase a su Hijo unos mensajeros celestiales para decirle: «Mira, ¿ves?, todavía tienes la posibilidad de escapar de Jerusalén». Jesús es transfigurado, recupera su naturaleza divina, puede huir de esta tierra y volver probablemente a su Padre. Pero si lo hiciese, él se marcharía solo. Pero Jesús no quiere irse sin nosotros.

Jesús hablaba con Moisés y Elías de la partida que iba a tener lugar en Jerusalén. ¿En qué situación se encontraban los apóstoles en aquel momento? No habían comprendido aún muchas cosas. Después de esto, el apóstol Pedro dice a Jesús: «Dinos Señor, nosotros hemos dejado todo para seguirte. ¿Qué es lo que nos das en recompensa?» (Mar. 10: 28). Los apóstoles todavía tenían una concepción mesiánica judía. Ellos esperaban de Jesús que todavía se hiciese rey. Y sabemos de las discusiones entre los discípulos sobre quién sería ministro de esto y quién ministro de lo otro (Mat. 9: 33, 34). ¿Qué habían comprendido? No gran cosa. No habían comprendido la dimensión vertical y espiritual del ministerio de Cristo.

Si Jesucristo se hubiese marchado en aquel momento, su ministerio hubiese sido un fracaso. Jesucristo lo comprendió tan bien que dijo a sus apóstoles: «Cuando sea levantado, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12: 32). «Cuando sea levantado en la cruz, entonces atraeré los hombres a mí.» Lo que las palabras de Jesús no pudieron conseguir, lo que los milagros de Jesús no lograron, su muerte lo conseguiría.

La muerte de Jesús fue necesaria para la conversión auténtica de los apóstoles. Y tenemos la impresión de que Dios y Jesucristo eran plenamente conscientes de ello. Por eso en la conversación que Jesús tiene con Moisés le dice: «Es preciso que yo vaya a Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas; pero que cuando haya sido levantado, entonces atraeré a los hombres a mí».

I.3.3. La muerte de Cristo: ¿un sacrificio?

¿Quién mata a Jesús, pues? Los hombres. Pero, ¿quién tira de las cuerdas detrás de la escena, Dios o Satanás? Hemos visto que Satanás. ¿Es qué Satanás puede matar a Jesús? Volveré a este punto cuando hablemos de aquel grito de Jesús: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mat. 27: 46). De momento voy a dejar el tema aquí, pero quiero leeros un texto en Juan 10: «Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (Juan 10: 17, 18).

«¿Nadie me quita la vida?» Entonces... ¿Y Pilatos, y Herodes, y Caifás, y los verdugos, y los soldados, y Judas? ¿No han hecho nada por quitar la vida de Jesús? Caifás dirá: «Soy yo el que ha tomado la decisión». Judas llorando dirá: «Soy yo que me equivoqué». Y Pilatos, avergonzado, dirá: «Soy yo, que me lavé las manos». Los soldados romanos dirán: «Sí, nosotros hemos matado a Dios». Pero al final de todo, si Jesús murió, fue porque él quiso, y lo dijo antes de morir: «Si yo quisiera, legiones de ángeles vendrían a ayudarme».

¡Hubiese sido tan fácil para Dios salvar a Cristo!

Pero el Padre y el Hijo, habían comprendido que era necesario pasar por ahí. Que no había otra manera de tocar el corazón de los hombres, que la conversión de los hombres pasaría por la cruz, dependería de ella. Que finalmente, la salvación quedaba colgando de aquella cruz. Y, por eso, Jesús puede decir: «Mi vida no me la quita nadie».

Así que con esto llego a mi última pregunta. La muerte de Jesús, ¿un crimen? ¡Sí! ¿Un asesinato? ¡Sí! Pero, ¡atención!: ¿Fue la muerte de Jesús un martirio? ¿Qué es un martirio? Un mártir es alguien que muere porque no puede evitarlo, pero muere por ser fiel. Hay diferencia entre una muerte por martirio y una por sacrificio. Jesucristo dice: «Yo pongo mi vida». Él hubiese podido evitar su muerte, y si se dejó llevar hasta la muerte, es porque quiso. Por eso la muerte de Cristo es un sacrificio. Porque no quiso evitarla, y, sobre todo, porque quiso pasar por ella. La epístola a los Hebreos tiene toda la razón al calificar la muerte de Cristo de sacrificio. «De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde la fundación del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado» (Hech. 9: 26). La muerte de Cristo es llamada aquí sacrificio. No es un suicidio.

Jesucristo dijo: «Yo doy mi vida». Luego, no se suicidó. Es un crimen, un asesinato. Pero más allá del crimen, hay la voluntad del cumplimiento del Padre y del Hijo.

La pregunta que tenemos que plantearnos ahora es: ¿Por qué? Más adelante veremos algunas respuestas históricas. Veremos en las Escrituras algunas de las razones de la muerte de Jesús. ¡Que Dios nos ayude a comprender estas cosas escritas!, y ¡que no nos interese en estos temas llevando «zapatos en nuestros pies»!

I.4. PREGUNTAS Y RESPUESTAS

P. Si Judas fuese algo así como un instrumento en manos de Satanás (aludiendo a Juan 13: 27 o 7: 2), entonces, ¿se le quitaría toda responsabilidad en la muerte de Jesús?

R. No creo que Judas fuese un instrumento en manos de Satanás. Aunque algunas sectas dicen que sí lo es, otras afirman todo lo contrario, un instrumento en manos de Dios. En cualquier caso, han hecho de la vida de Judas un verdadero salvador. Incluso hay una secta que lo adora.

El darle esta función a la actuación de Judas es algo totalmente absurdo. Precisamente toda esta exposición trata de poner de relieve la responsabilidad total de los hombres en la muerte de Cristo. Sean Judas, Caifás, Pilatos, como todos los demás hombres.

P. ¿Por qué tiene que sufrir Jesús a lo largo de su vida y de todo su ministerio? ¿No basta solamente con su muerte?

R. Voy a detenerme en este punto cuando hablemos del grito de Cristo, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

El problema del mal existe en la medida que se cree en Dios. Si Dios no existe, entonces no existe el problema. No sorprende a nadie que el azar produzca mal. Pero si creemos en Dios, que es bueno y todopoderoso, entonces el problema del mal aparece en su totalidad. Si Dios puede evitar el mal y no lo hace, ¿dónde está su amor? Si Dios puede evitar el mal, pero no quiere ¿dónde está su amor? En cualquier caso perdemos el poder o el amor. Pero Dios no puede existir si no es a la vez: poder y amor.

El mal es el resultado de un desorden. La Biblia explica el mal a partir de un Dios único. Hay textos que de una manera casi caricaturesca y breve dicen que Dios crea las tinieblas, pero Dios es irresponsable del mal.

Así pues, el mal en el mundo solo existe a partir del bien. El mal es usar «mal» el bien. Y Dios no es responsable de eso. Y para probárnoslo envía a Jesucristo. Pero no es que Dios quiera ese sufrimiento. Es el encuentro de un Cristo santo en un mundo pecador lo que provoca ese sufrimiento. Un mundo horizontal en el que no se hace la voluntad vertical de Dios. Cualquiera que se instale en la vertical, se encuentra con la horizontal, y la encuentra en el punto de la cruz. Imposible ser bueno, justo y santo en este mundo, sin encontrar el mal. Y es una gran lección que Jesucristo nos da sobre este punto.

Concluyo diciendo que Dios no es responsable, puesto que su ser más querido se encuentra despedazado entre los engranajes del mal.

P. ¿Es la muerte de Cristo el plan de Satanás, que tiene como objetivo la muerte de Dios mismo, o es consecuencia de su odio a Dios?

R. No creo que podamos hablar en los planes de Dios de la necesidad de derecho de la muerte de Cristo. Hay que hacer una diferencia fundamental entre una necesidad de derecho y de hecho, ideal y circunstancial. No creo que la muerte de Cristo sea para Dios una necesidad de derecho; creo que en ella hay una necesidad de hecho, en contra de diversas teorías (San Ignacio, San Anselmo) de las cuales hablaremos más adelante.

En la explicación que tengo personalmente de la muerte de Cristo, el amor, el poder, la santidad, la grandeza, resaltan de una manera especial. Para mí es esencial proteger el amor de Dios.

Cuando se interroga a los teólogos sobre la muerte de Cristo, a veces dicen que es para satisfacer su ley, su justicia. Por una parte se cita la muerte de Jesús como una prueba del amor de Dios, y por otra, como una necesidad para satisfacer la justicia de Dios. Ambas se ponen en perfecta contradicción.

Nadie me ha podido explicar nunca en qué sentido la muerte de Jesús podía agradar a Dios.

No es sin motivos especiales que yo os decía que aquí nos encontramos en un terreno sagrado. Elena White dice que tendríamos que meditar una hora cada día sobre la muerte de Cristo. Pero solo para descubrir cuál es el precio pagado no nos hace falta ni una hora, ni tan siquiera cinco minutos. Pero en la muerte de Cristo hay otras cosas por descubrir.

Si queremos que la muerte de Cristo sea algo «vivo» para nosotros, no tenemos más que reflexionar a partir de textos, y no a priori. Hay un riesgo, pero vale la pena tomarlo.

II. «DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ?»

Mateo 27: 45-50

«Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: “Elí, Elí, ¿lama sabactani?” Esto es: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”» (Mat. 27: 46).

«Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?» Este grito ya planeaba en la noche del Gólgota. Este grito ha destacado tanto por su carácter trágico que casi nos ha hecho olvidar cuáles fueron las últimas palabras de Jesús en la cruz.

Generalmente vemos que Jesús está en la cruz agonizando, todos los pecados de los hombres han sido cargados sobre él por sustitución. Según esta opinión Jesús es considerado por Dios como el culpable por excelencia; Cristo es identificado con el pecado. Entonces Dios lo maldice, lo rechaza, sintiendo hacia él sin duda una cierta lástima, pero sobre todo siente hacia él, repulsa. De manera que Cristo muere víctima de esa separación gritando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

¿Debemos ver las cosas de esta manera?

Queridos amigos yo no os estoy hablando aquí desde el punto de vista de la dogmática. Me dirijo a jóvenes que piensan. Hay ocasiones en la vida que admiramos lo que se llama la fe del carbonero. Mucha gente no tiene otra fe que esa fe sentimental. Quizá han crecido en un ambiente cristiano, se han hecho cristianos de un modo casi biológico, y no se han planteado nunca la razón de por qué son lo que son. Esta manera de ser cristiano resiste muy mal las pruebas. Cuando todo va bien no hay problema, pero cuando viene la prueba el sentimiento se desintegra. Esa seguridad que se tenía antes desaparece y surgen en su lugar toda una serie de porqués a los cuales no se tiene respuesta, y entonces uno se hunde.

Yo empecé siendo un cristiano de ese tipo. Después llegó la guerra y muchos de mis planes se fueron a pique. Vi como morían mis amigos a mi alrededor. El primero que vi morir fue algo trágico. Estábamos en el andén de una estación, debíamos ir en cierta dirección, pero el enemigo avanzaba tan rápidamente que ya no podíamos ir en esa dirección. Quedaba la espera. No teníamos nada que comer. El sol nos golpeaba con fuerza. No sabíamos qué iba a ocurrir con nosotros. Cuando de repente uno de mis amigos sacó de su bolsa una navaja de afeitar y sin que tuviéramos tiempo de hacer un gesto se cortó la yugular. ¡Jamás olvidaré ese espectáculo!

Cuando se viven experiencias como esas, cuando se ven caer las bombas que matan gente, podemos entender por qué el cristiano tradicional no resiste. El hombre necesita razones para creer.

En el momento en que empecé mis estudios de filosofía, hice como Descartes, tabla rasa, para reconstruir todo a partir de nada. Y para ello tuve que auxiliarme de la Palabra de Dios. Mi trayectoria no ha sido siempre fácil. Pero agradezco a Dios haberla hecho, porque mi fe ha salido de esa prueba cada vez más sólida, más fuerte. Y puedo decir que mi amor por Dios no ha cesado de crecer.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» La noción del abandono de Dios está relacionada con otras nociones que vamos a examinar a continuación: abandono de Dios porque conlleva ser portador de los pecados de los hombres, abandono porque Cristo es objeto de la maldición divina o el simple abandono del Padre.

II.1. EL SIERVO DE JEHOVÁ DE ISAÍAS

Estudiemos en primer lugar el *abandono de Dios*. Quizá Jesús con esas palabras alude a la experiencia del siervo de Dios tal como lo expresa Isaías 53. Leamos unos versículos: «Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como le escondimos el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Isa.53: 3-5). Habría que leer todo el capítulo 53, pero creo que es indispensable que tengamos en mente estas declaraciones referentes al Salvador.

Insistamos en una palabra en la que no se ha meditado suficientemente: «*Nosotros* lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido». Somos *nosotros* quienes lo tuvimos por azotado y herido de Dios. Es necesario saber que en la mentalidad judía cualquiera que moría en la cruz era considerado como maldito de Dios (Deut. 21: 23; Gál. 3: 13). Y es muy probable que esa sea la razón por la que Saulo de Tarso tuvo tantas dificultades para aceptar a Cristo.

En la segunda epístola a los Corintios Pablo dice: «Y aún si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así» (2 Cor. 5: 16). Luego es probable que Pablo haya conocido a Cristo según la carne. Seguramente Pablo estudiaba en Jerusalén en el tiempo en que Jesús predicaba y su crucifixión ha tenido que ser algo que ha perturbado a Pablo. Se decía que Jesús era un blasfemo que iba en contra de la voluntad de Dios, y el abandono de Dios en la cruz lo confirma. Si Jesús no hubiese sido un falso Cristo, Dios no lo hubiese abandonado.

II.1.1. «Cargó con nuestras enfermedades»

En el evangelio de Mateo hay un comentario inspirado sobre el texto de Isaías 53: «Vino Jesús a casa de Pedro, y vio a la suegra de este postrada en cama, con fiebre. Y tocó su mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía. Y cuando llegó el atardecer, le trajeron muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias» (Mat. 8: 14-17).

¿Habéis leído bien? Este no es mi comentario, no se trata del comentario de un teólogo, sino que es el comentario del Espíritu Santo. ¿Cuando Jesús sanaba a los enfermos estaba cumpliendo la profecía de Isaías, según la cual cargaría con nuestras enfermedades? Y él cargó con nuestras enfermedades sanando a los enfermos.

Llegados a este punto surge una pregunta: ¿De qué forma cargaba Jesús con nuestras enfermedades, es que cuando sanaba a un leproso se hacía él leproso, moría Jesús cuando resucitaba a un muerto? Creo que nada más plantear la pregunta se hace evidente la respuesta. Jesús cargó con nuestras dolencias identificándose con los que sufren, era así como los liberaba de su enfermedad. Era una identificación sentimental. Se trata de un asunto ontológico y afectivo, no de un asunto jurídico. Y eso es lo que comenta el Espíritu Santo.

Por consiguiente debemos tener sumo cuidado cuando interpretamos Isaías 53 y no introducir ideas teológicas que van en contra de las explicaciones del Espíritu Santo. He leído muchos comentarios sobre esos pasajes, pero todavía no he hallado ninguno que

utilice Mateo 8 para interpretar a Isaías 53. Veo ahí un fallo culpable, porque la Biblia se explica en primer lugar por ella misma.

Sin embargo, es un hecho que Jesús fue abandonado por Dios. Para comprender eso debemos insistir en la noción de llevar nuestros pecados. Hemos aludido ya al hecho de cargar con nuestras dolencias, hablemos ahora de qué significa eso de llevar nuestros pecados. Leamos algunos textos:

Epístola a los Hebreos: «Y de la misma manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan» (Heb. 9: 27, 28). Nuevamente encontramos un texto que alude a Isaías 53, Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos.

En la primera epístola de Pedro vemos una idea semejante. Veamos por ejemplo el versículo 24 «Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos para la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados» (1 Ped. 2: 24). ¿Qué quiere decir que «llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero»? Podemos deducir varios sentidos del texto griego.

Un primer sentido natural, que es el de soportar las consecuencias, llevar la carga de alguien significa identificarse con el otro y cargar con el resultado de su pecado. Jesús sin duda se identificó con los hombres, ya que se hizo hombre como los demás. Sin embargo, los hombres no lo soportaron por lo que se deshicieron de él, y de esa manera él cargó con las consecuencias del pecado humano. La maldad de los hombres se volvió contra él. Jesús no murió en un rincón a golpes por los bandidos, murió a pleno día y de forma legal. Lo más legal que existía se alió contra Cristo. Los romanos representados por Pilatos, los judíos representados por Caifás y Anás, y los cristianos por Judas. Todo lo más religioso que había, lo más legal, lo más jurídico, se alió contra Jesús. Jesús murió condenado por blasfemo y malhechor, acarreado así con las consecuencias del pecado de los hombres. Este es un primer sentido.

Hay un segundo sentido mucho más ontológico. Para identificarse con los hombres Jesús se hizo hombre. Yo me pregunto si nos damos cuenta de lo que significa para Cristo hacerse hombre. Hablando de esto el apóstol Pablo dice a los Filipenses: «εαυτον εκενωσεν (*heauton ekénosen*, se vació a sí mismo)» (Fil. 2: 7). Al hacerse hombre, Cristo renuncia a toda la gloria que lo iluminaba en el cielo. Jesús tuvo que abandonar todas las ventajas del cielo, dejar de lado la condición de Dios y llegar a hacerse hombre. No solamente se rebajó al adquirir la condición de ser humano, sino «tomando forma de esclavo» como dice Pablo en Filipenses 2: 7, ya que dice que Jesús se hizo hombre, pero añade «δουλου (*doúlou*)», es decir: esclavo.

Así pues el sacrificio de Cristo comienza ya en la encarnación, la cruz no es más que la culminación; pero todo empieza ya en el cielo mismo cuando Jesús decide encarnarse, rebajarse en una carne semejante a la nuestra.

II.2. LA ENCARNACIÓN DE JESÚS

La encarnación es un asunto tan complejo que los mejores teólogos adventistas no llegan a ponerse de acuerdo sobre algunos detalles de lo que implica esa encarnación.

Unos piensan que Jesús se hace semejante a Adán antes de pecar, como si el pecado de los hombres no afectase para nada a la naturaleza física de Jesús. Yo he discutido a menudo con estas personas y les he preguntado lo siguiente: En Romanos se dice que Jesús vino «en semejanza de carne de pecado» (Rom. 8: 3), pero el texto griego es más preciso y dice exactamente lo siguiente: que Cristo vino en «ομοιωματι σαρκος αμαρτιας (*homoiomati sarkós hamartías*, en una identidad de carne de pecado)». Ahora la pregunta es la siguiente: ¿Podemos decir que Dios creó a Adán en una carne semejante a la del pecado? Se podrá especular lo que se quiere en cuanto a la expresión griega «*homoiomati sarkós hamartías*», pero no se puede aplicar a la creación de Adán por Dios, por lo tanto hay una diferencia entre la encarnación de Cristo y la naturaleza de Adán. Elena White insiste mucho en esa diferencia. En un lenguaje que no es teológico sino fácil de entender. E. White dice que Cristo se encarnó en una carne que llevaba el peso de 4.000 años de herencia de pecado. Por consiguiente existe una diferencia entre la encarnación de Cristo y la creación de Adán. No vamos a estudiar aquí cual es la diferencia ya que para estudiar cristología es muy difícil separarla de la soteriología.

Cristo se encarna en una carne que está obliterada por el pecado, y hay un momento en que se manifiesta de una manera especial, en el bautismo de Jesús. Jesús se presenta ante Juan el Bautista y este le dice: «¿Tú? Yo no te bautizo». Porque Juan bautizaba para lavar del pecado. Jesús era el Mesías, era santo, por esta razón Juan no quería bautizarle.

Los teólogos especulan acerca de cuál sería la razón por la que Jesús quiso bautizarse. Unos dicen que fue para darnos ejemplo, y es correcto, pero no es la explicación que Jesús da. Otros dicen que cuando descendemos al agua, dejamos nuestros pecados; pero que Jesús al descender al agua se carga con esos pecados. La imagen es interesante, pero no es la explicación que Jesús da, y hay que tener en cuenta lo que Jesús dice. Jesús hubiera podido decir muy fácilmente: «Me bautizo para cargarme con vuestros pecados». Sin embargo ¿qué respondió Jesús?: «Para que toda justicia se cumpla». No sé como se traduce el texto en español, pero en francés está muy mal traducido. Jesús le dice a Juan el Bautista: «Libérame ahora», y utiliza el mismo verbo que se utilizaba para la liberación de los esclavos en el jubileo. «Libérame ahora, porque es preciso que toda justicia se cumpla» y Mateo añade: «τοτε αφησιν αυτον (*tóte afiesin autón*, entonces se [lo] permitió)» (Mat. 3: 15), y lo libera. Lo libera, ¿de qué? Jesús había cargado con la naturaleza humana en ese estado caído.

Prestemos atención porque este es un punto muy importante que puede dar lugar a interpretaciones erróneas.

El pecado no tenía nada que ver con Jesús y sus declaraciones sobre este punto son muy claras, sobre todo si tenemos en cuenta que su conciencia era muy fina. Los grandes pecadores son los que pecan sin darse cuenta, pero ese no era el caso de Jesús. Si él decía que el pecado no tenía nada con él, es que era así. No obstante, aunque Jesús no pecó nunca, seguía teniendo una carne marcada por el pecado de los hombres, y esa es la debilidad de la que Cristo quiere liberarse en el bautismo por medio del Espíritu Santo.

Jesús llevó el pecado en su propia carne, pero esto no se refiere a un problema jurídico. Si yo he cometido un crimen, ¿puede quitárseme ese crimen y ponerlo sobre la cabeza de otro? Estas son expresiones que no significan nada y que son totalmente ajenas al pensamiento hebraico, porque en el pensamiento hebreo no existe la abstracción como en griego. Para el hebreo existen pecadores pero no el pecado sin relación con los pecadores, eso es una imaginación del espíritu. Cristo puede identificarse con el hombre, y llevar

el pecado del hombre en su propia carne como dice el apóstol Pedro, pero esto tiene varios sentidos.

II.3. LEVANTADO EN LA CRUZ

Un primer sentido de llevar los pecados es: sufrir las consecuencias. Un segundo sentido es: llevarlos hasta en la carne, en su propio cuerpo. Hay todavía un tercer sentido, pero para comprenderlo debemos analizar el verbo que ha sido traducido por llevar, es el verbo *αναφέρω* (*anaféro*). Este verbo significa también: levantar, poner en alto, en relieve. ¿Tiene algún sentido en nuestro caso? Yo creo que sí y quisiera intentar demostrarlo. Voy a pedir que sea Jesús mismo quien lo explique. En el evangelio de Juan leemos una de las palabras más sagradas pronunciadas por el maestro. Una palabra pronunciada entre el inicio de la Santa Cena y su arresto en el Getsemaní. Los discípulos están confundidos, tristes, y Jesús los reconforta y los consuela diciéndoles: «Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, redargüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Juan 16: 7, 8). Sería necesario mucho tiempo para analizar este texto, pero quisiera daros por lo menos la esencia. El Espíritu Santo nos va a convencer de pecado, de justicia y de juicio, ¿qué quiere decir esto?

Los discípulos debieron sorprenderse un poco porque Jesús tuvo que añadir una explicación. «De pecado, por cuanto no creen en mí» (Juan 16: 9); este «no creen en mí» en plural ¿a quién se refiere? Se trata de los hombres. Jesús «vino a los suyos y los suyos no le recibieron» (Juan 1: 11); la luz vino y las tinieblas lo rechazaron. No creyeron en Jesús, y por no creer en él lo crucificaron, y porque crucificaron a Jesús el mundo se puede convencer de pecado.

Es interesante estudiar la caída del hombre en el libro de Génesis, pero es trágico ver la caída de la humanidad al pie de la cruz del Gólgota. Jesucristo, el Santo, el Justo, el Bueno, el que no levantaba la mano nada más que para bendecir, el que no ha abierto la boca nada más que para pronunciar palabras amables, aquel a quien no se le puede reprochar ni la mayor debilidad, aquel en quien el pecado no tiene ningún apoyo, es al que se va a crucificar como blasfemo.

Si hay un momento en la historia de la humanidad en que se pueda probar que esta ha caído, es el momento de la crucifixión. Al crucificar a Jesús los hombres han firmado su caída. En la cruz de Jesús el pecado de la humanidad se manifiesta de la manera más evidente. El apóstol Pablo lo comprendió muy bien, como lo evidencia lo que escribió al final de su epístola a los Gálatas: el mundo que crucificó a Jesús es para mí un mundo crucificado (Gál. 6: 14). La crucifixión de Jesús es la crucifixión del mundo, es el mundo el que se condena al crucificar a Jesús. Crucificando a Jesús se pone de manifiesto el pecado del hombre.

La humanidad soportó a Jesús solo tres años y medio. ¡Tres años y medio! Casi no había llegado cuando ya se hacían planes para liberarse de él. Y el hecho de que haya sobrevivido durante tres años y medio se debe sin duda a la protección milagrosa de su Padre. Desde su primera predicación en Nazaret ya se forjaron planes para deshacerse de él. Este mundo corrompido y caído no pudo soportar a Jesucristo, el Hijo de Dios, porque este es un mundo del que ya no se puede esperar nada, un mundo condenado a muerte y que vive en la gracia. ¿Se comprende ahora el sentido de levantar los pecados, de hacerlos resaltar?

Jesús ha cargado con los pecados del mundo llevando en su carne la debilidad causada por el pecado y, finalmente, al soportar la condenación de los hombres ha puesto el pecado de relieve. A pesar de ello y aunque resulte extraño la cruz de Jesús se ha convertido en un símbolo de esperanza. Los orfebres no preparan guillotinas como adornos para los collares de las damas, y si algún artesano hiciese esto por encargo de una señora sin duda que nos escandalizaríamos: «¡Cómo!, Pero ¿es qué hay alguna señora que quiere llevar una guillotina colgada del cuello?». No obstante eso es lo que se hace con la cruz, y hay muchas señoras que llevan la cruz como adorno. Del mismo modo, cuando un hombre ha matado a muchos en la guerra se le pone una cruz de mérito en el pecho.

El mundo ha hecho de la cruz un adorno, una recompensa ofrecida a los mayores criminales. Sin embargo la cruz continúa teniendo un mensaje de esperanza porque se siguen poniendo cruces en los cementerios.

Al final de la primera guerra mundial (1914-18) en Bélgica los socialistas editaron un Nuevo Testamento que terminaba en la crucifixión, no llegando a la resurrección. Porque la resurrección es un milagro, algo por lo tanto irracional, sobrenatural y eso solo pueden creerlo los niños; los socialistas no querían saber nada de eso. Pero esa edición no duró mucho porque si la vida de Jesús en esta tierra se hubiera acabado en la cruz del Gólgota, nadie sería salvo.

Pues no somos salvos solo por la muerte de Jesús. Eso es una visión parcial e incompleta del evangelio. Por ello el Espíritu Santo nos convencerá de pecado, pero también de justicia. La resurrección de Jesús es la prueba de que la justicia de Dios no ha muerto. Refiriéndose a esto el apóstol Pedro dice: «No era posible que la muerte pudiera retenerlo» (Hech. 2: 31). Lo contrario hubiese sido una injusticia, hubiese sido el colmo de la injusticia, y más todavía: hubiese sido la muerte de la justicia. ¿Comprendéis esto? Jesús llevó el pecado del mundo. Y al cargar con el pecado del mundo Jesucristo ha puesto de manifiesto la justicia de Dios.

Vivimos en un mundo en el que vale la pena seguir a Jesucristo aunque sea hasta la muerte. Satanás puede conducirnos hasta la muerte, pero Dios está al otro lado y nos tiende su mano paternal liberándonos. Jesús salió victorioso de la tumba y el escándalo de la cruz es vencido por el poder y la bondad de Dios.

Estamos en un mundo en el que vale la pena vivir, pero no por lo que podemos esperar de parte de los hombres. Este mundo está para mí, como dice el apóstol Pablo, crucificado, y yo estoy crucificado para él (Gál. 6: 14). Vivir para ese mundo no vale la pena. Vosotros como jóvenes buscáis el sentido de la vida, y sabéis que el problema más importante de hoy es el de encontrar ese sentido. Son muchos los jóvenes que ceden a la droga porque no han encontrado otra cosa, no saben para qué sirve vivir en un mundo como este. No saben que es la resurrección de Jesús la que da sentido a nuestra vida, eso es lo maravilloso para nosotros, tenemos una esperanza que se basa en la resurrección de Jesús. El pecado ha sido vencido, la muerte está vencida, y porque la muerte ha sido vencida, Satanás ha sido ya juzgado. Este es el tercer testimonio que nos da el Espíritu Santo.

II.4. EL ABANDONO DE DIOS

Volvamos al abandono de Jesús, comprendemos ya que no se trata de un problema jurídico. ¿De qué se trata entonces? ¿Habéis pensado alguna vez que Jesús no podía morir normalmente? La epístola a los Hebreos nos dice que quien tiene el poder de la muerte

es Satanás. Pero leamos el texto: «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hech. 2: 14). Aquí puede surgir una pregunta, ¿por qué tiene Satanás el imperio de la muerte? La respuesta es sencilla, porque la causa de la muerte es el pecado, y es Satanás quien nos arrastra al pecado. En el caso de Jesús esto no es válido porque él no ha pecado. ¿Cómo podía entonces morir Jesús? ¿Quién mató a Jesús Dios o Satán? «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» No era posible que Jesús muriera sin que Dios lo suelte de la mano. Es trágico.

Los hombres cuando mueren es porque ellos se han soltado de la mano de Dios, pero Jesús jamás abandonó la mano de su Padre. Unas horas antes de su arresto Jesús decía: «Yo nunca estoy solo porque el Padre está conmigo» (Juan 16: 32). Y he aquí que en la cruz grita: «¿Por qué me has abandonado?». Ontológicamente hacía falta que Dios abandonara a Cristo en la cruz. No es Jesús el que ha roto los lazos con Dios, no fue Cristo quien abandonó su comunión, pero para morir era necesaria una ruptura. La muerte es una ruptura de la comunión entre Dios y el hombre. La separación no venía de la parte de Cristo sino de la de Dios, y ese abandono Cristo empieza a vivirlo en el jardín del Getsemaní. No hay palabras que puedan expresar esto. Dios, que ama a su Hijo, e insisto en esto, Dios no está maldiciendo a su Hijo. Hubiese sido todo mucho más fácil si el Padre pudiera maldecirlo; tiene que abandonarlo. Algunos de vosotros sois padres y madres, todos sabéis bien lo que sufrimos con el sufrimiento de nuestros hijos, más que con el nuestro propio.

Cuando mi hijo se estaba quedando ciego, yo hubiera dado mis dos ojos para salvarle uno. ¡Es horrible ver sufrir a un hijo! ¿Y pensáis que Dios dejó morir a Jesús sin sufrir? Pienso que cuando se habla de Dios en la muerte de Jesús, se ha hecho de una manera que no es normal, de una manera injusta, y creo que el Padre en el cielo sufre mucho cuando oye hablar a los teólogos de la muerte de Cristo. Es cierto que el Padre abandonó a Jesús, pero eso fue un sacrificio para Él, y si bien el sacrificio fue aceptado por el Hijo, fue vivido por el Padre, porque el Hijo no podía morir sin el abandono del Padre.

Os pido perdón por hablaros de estas cosas en términos humanos, haría falta el lenguaje del cielo para poder explicar esto, y es viendo esto que creo que habría que leer un texto un poco difícil de entender. Se encuentra en la segunda epístola a los Corintios: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Cor. 5: 21). No sé si la traducción española dice lo mismo que la francesa, la francesa dice: «Él se convirtió en pecado por nosotros», esto es una traición del texto griego. El texto griego dice: «*ὑπὲρ ἡμῶν ἁμαρτίαν ἐποίησεν* (*hupér hemón hamartían epoiesen*, fue hecho pecado por nosotros)». Hizo pecado a Jesús por nosotros. Esta expresión está relacionada con aquellos pasajes del Antiguo Testamento en los que se ofrecían sacrificios por el pecado. Cristo no se convirtió en pecado nunca, y es curioso que la traducción francesa tiene un doble error. Cuando el apóstol Juan dice que Cristo: se hizo carne por nosotros; el texto griego dice muy claramente que se convirtió en carne: «*σὰρξ ἐγένετο* (*sarx egéneto*, se hizo carne)» (Juan 1: 14). Sin embargo se traduce por: «Fue hecho carne», y aquí que el texto griego dice en realidad: «Fue hecho pecado», se ha traducido por «se convirtió en pecado». Jesús no pecó nunca, lo que ocurrió fue que Dios lo puso en una situación similar a los que han pecado.

La condición de pecado lleva a la muerte, porque el pecado es una ruptura del lazo que nos une a Dios, pero hemos dicho ya que Cristo no ha roto ese lazo, es Dios quien ha cor-

tado ese lazo. Jesús no podría morir sin ello. Esta es la razón por la que Pablo emplea una expresión ritual, religiosa por excelencia, sagrada.

Dios puso a Cristo en la situación de sacrificio. Un acuerdo profundo había sido pactado entre el Padre y el Hijo, «porque si el grano no muere no puede dar fruto» (Juan 12: 24), este es el sentido que hay que darle a esta expresión. Quiero terminar con estas palabras de Jesús, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Como sabéis se trata de una cita del Salmo 22, y este salmo es un poema escrito por alguien ultrajado, alguien que sufre, que es perseguido y tiene el sentimiento de ser perseguido injustamente. Ese sentimiento es el que hace que se le escape el grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Uno comprende que en la cruz Jesús haya experimentado los mismos sentimientos de David. Podemos preguntarnos ahora ¿quiere decir ese texto que Jesús sufrió un rechazo afectivo de parte de Dios? No lo creo, y lo confirman las últimas palabras de Jesús en la cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

En el plano ontológico Dios, que es el dueño de la vida, debe abandonar a Cristo para que pueda morir, pero Dios como Padre de Jesús iba a recibir su Espíritu, y Jesús sabe que en ese momento existe entre él y el Padre una comunión perfecta. Esto corresponde perfectamente a las dos partes del Salmo 22. En la primera parte domina el sentimiento y la angustia de un hombre que se siente abandonado; en la segunda domina la confianza en Dios. Leed el Salmo 22 y veréis como termina con una expresión de confianza.

No tenemos necesidad de seguir a los teólogos medievales en sus interpretaciones de este grito de Cristo en la cruz. No debemos seguir esa explicación jurídica. El acontecimiento real está lleno de vida, y es en ese plano vivo, ontológico, en ese plano de identidad entre el Padre y el Hijo, que hay que entender estas palabras. Aquí no hemos hecho nada más que balbucear, soy plenamente consciente de ello, y me alegraré de estar con vosotros en el cielo donde el Padre nos explicará esto, y el Hijo nos dirá todo lo que soportó por amor a nosotros.

III. RECONCILIACIÓN Y ADOPCIÓN. ¿POR QUÉ?, ¿CÓMO?

Nos habíamos quedado sin poder comentar el texto donde el apóstol Pablo trata de la maldición sobre la muerte de Jesús. Hemos analizado el grito de este en la cruz y tratado de comprenderlo a la luz de diversos textos bíblicos. También hemos intentado eliminar ciertas incomprensiones. Por eso había que tratar de analizar la expresión que dice que «Jesús tuvo que llevar nuestros pecados».

Hemos subrayado tres líneas de pensamiento a propósito del verbo llevar:

1. Jesús, por su parte, soporta los pecados de la humanidad.
2. Por otro lado, Jesús comparte en su persona las debilidades de la naturaleza humana y por esta razón pide ser bautizado, no para darnos un ejemplo a seguir, sino como si él mismo tuviese necesidad de ese nacimiento, en el curso del cual va a recibir la ayuda total del Espíritu Santo.
3. Jesús había nacido del Espíritu Santo; por consiguiente y contrariamente a los demás hombres, gozaba desde su nacimiento de un contacto directo con Dios.

Cuando los hombres nacemos, lo hacemos ya en una situación de separación de Dios. No nacemos unidos a Dios por el Espíritu, como ocurrió con Jesús. Esta es la gran dife-

rencia entre él y nosotros y, por tanto, en el momento de su bautismo Jesús va a recibir una nueva unción del Espíritu Santo.

El apóstol Juan dice que el Espíritu le es dado a Jesús sin medida (Juan 3: 34). Y es probablemente a lo que Jesús se refiere cuando hace alusión a que «es necesario que se cumpla toda justicia» (Mat. 3: 15), hablando con Juan Bautista.

Hemos comprendido también que era necesario que hubiese un abandono de Jesús por parte del Padre, ya que sin este hecho Jesús no hubiese podido morir.

Un gran comentarista suizo, Pierre Bonnard (ha sido Decano de la Facultad de Teología de Lausana), escribe en su comentario sobre el libro de San Mateo¹ que el verbo abandonar tiene también una connotación condenatoria. El Antiguo Testamento nos asegura que Dios no abandona a su pueblo, ya que el abandono es una condenación por parte de Dios. Dios necesita condenar a Jesús y por lo tanto le abandona. Por consiguiente, el Padre coloca a Jesús en una situación de condenación y es desde este punto de vista que Jesús llega a ser el sacrificio por el pecado. Muere a causa del pecado. Pablo dirá en Romanos 4: 25 que: Jesús muere a causa del pecado.

Es pues interesante constatar que, sin haber el más mínimo sentimiento de animadversión contra su Hijo, Dios lo coloca en una situación análoga a la del pecado. Jesús, que no es pecador, asume esta situación por amor a nosotros. He aquí el sentido del texto «¿por qué me has abandonado?», porque en el momento que Jesús se encuentra en esta situación comprende por vez primera el significado de la separación de Dios. No lo había sentido nunca y es a partir del Getsemaní cuando se encamina en una dirección hacia la que el Padre no le puede acompañar.

III.1. RESCATADOS DE LA MALDICIÓN DE LA LEY

Pero entonces se plantea una cuestión: ¿Ha habido maldición de Dios sobre Jesús?

Leamos en Gálatas 3: 10-14. Por lo general, suele leerse este texto de esta manera: «Cristo nos ha redimido de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición» (vers. 13) ¿Es esto lo que dice el texto?

Vamos a analizar un poco el texto en sí mismo. Estamos casi en el punto álgido de la epístola a los Gálatas. ¿Sabéis cuál es el tema? Pablo se da cuenta que los hermanos de Galacia están retornando de nuevo a las obras y hay un equívoco con relación a la palabra ‘obras’. Entre aquellos que están en contra de la ley de Dios se interpretan las obras como si estas se tratasen de una obediencia y, de hecho, la obediencia a Dios puede llegar a ser una obra que el apóstol condena. Pero no está pensando en esto cuando escribe un texto. Las obras a las que Pablo se refiere, las que ataca en su epístola, no son las de la obediencia a Dios. Se trata de acciones religiosas, rituales, sacramentales, que uno puede cumplirlas sin tener en cuenta su conducta. Yo puedo subir la Escala Santa en Roma y obtener así quince años de indulgencias contra el purgatorio y vivir después no importa cómo. El hecho de subir de rodillas las escaleras no va a cambiar mi existencia. Puedo también llevar sacrificios al Señor cada día, hacer dones u ofrendas a mi alrededor, quemar cirios, pagar misas... Esto podría ser cumplido por un hombre cuyo carácter no hubiese sido cambiado en absoluto.

Cuando lleguemos un día a las puertas del reino de Dios —¿habéis pensado en esto, amigos?— solo podrá traspasarlas aquel que haya cambiado y transformado su carácter. Porque al reino de Dios no se puede entrar con malos sentimientos ni con una persona-

lidad que no haya sido transformada a la imagen de Jesús. Y es lógico; si un solo pecador entrara en el reino de los cielos, la tragedia de los siglos volvería de nuevo a repetirse, el drama del pecado comenzaría de nuevo. Yo digo a menudo a los hermanos en las iglesias: «¿Hay todavía en vuestro corazón un mal sentimiento contra alguien?». Esta es desgraciadamente una de las maldiciones que acontecen en nuestras iglesias, como en Corinto, con divisiones, celos unos de otros... Es imposible entrar en el reino de los cielos en esta situación. Podemos estar en la iglesia y cumplir un montón de obras, tener la ilusión de que hemos comprado el cielo, que lo hemos merecido incluso, que estamos en orden perfecto para entrar en el solio de Dios...

El apóstol Pablo temblaba ante esta degeneración de la religión y se daba cuenta que significaba la muerte misma del cristianismo. Por eso ataca las obras, no es por otra cosa. Comprended pues que en este sentido de la palabra obras no está, en principio, comprendida la obediencia a la voluntad divina. Pero ¡cuidado!, podemos llegar a concebir incluso la ley de Dios como una obra. Es posible obedecer el cuarto mandamiento y tener un mal sentimiento de corazón, obedecer los Diez Mandamientos y conservar ese mismo mal sentimiento. Y sería posible llegar a convertir la obediencia a los mandamientos en un canje o trueque, no sería ya la obediencia del corazón ni el florecimiento de la vida nueva, sino casi un cálculo mercantil, una comedia, que no engaña a Dios.

La epístola a los Gálatas se levanta contra todo esto para llegar a hacernos comprender la necesidad de llegar a ser nuevas criaturas: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es» (2 Cor. 5: 17). Vamos a volver sobre esto más tarde.

Pero no quiero perder de vista el texto sobre la maldición. En este estado de espíritu, Pablo va a insistir sobre la necesidad de la obediencia de la fe, no en la obediencia que viene de la ley. En el texto griego se usa una expresión que habla de una obediencia que proviene de la ley, *εν νομῶ* (*en nomo*) y Pablo cambia esta expresión por la de *εκ πιστεως* (*ek pisteos*), la obediencia que sale de la fe, que surge de la relación íntima del hombre con su Señor.

Es entonces cuando llega a este pasaje, cuando dice que todos los que se sujetan a las obras de la ley están bajo maldición. La Sra. White dice que en la palabra *ley* hay que ver también todo aquello que tiene que ver con la ley ceremonial y con los Diez Mandamientos.

Si nuestra obediencia surge de un cálculo en vez de una vida nueva, estamos «bajo la maldición». A lo que Pablo se está refiriendo aquí es una cita de Deuteronomio: «Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas» (Deut. 27: 26). Porque para ser salvo por la ley, deberíamos ser capaces de obedecer sin el más mínimo error. Quien no cumple toda la ley durante toda su vida, ese caerá también bajo condenación, porque inevitablemente en su vida hay momentos en los que no ha estado en regla con esa ley. Por consiguiente, todos los que se afirman en las obras de la ley están bajo la maldición de la misma.

A partir de ese momento, Pablo piensa también en otro texto: Deuteronomio 21: 22, 23. ¿De qué se trata aquí? A veces había que pronunciar, en la época de Moisés, sentencia de muerte sobre ciertas personas. Cuando un hombre había cometido un crimen particularmente odioso, no se le crucificaba, pero suspendían su cuerpo muerto de un poste de madera para exponerlo así a la vista del pueblo. Era, de alguna manera, una forma de desanimar a quienes quisiesen seguir su ejemplo. Esta exposición en el madero era considerada como maldición y no se tenía derecho de dejar colgado el cadáver durante la

noche; al final del día había que descolgarlo y enterrarlo. Por eso se decía: «Maldito aquel que está colgado en el madero».

Pablo describe esa situación en que Jesús se encontraba y esa maldición del madero. El contexto de la maldición no es el mismo que el del primer versículo. «Maldito aquel que no observa toda la ley» se encuentra en un contexto distinto que el de «maldito aquel que es colgado en el madero». Pero Pablo asocia los dos textos. ¿Por qué?

Muy probablemente porque, para él mismo la crucifixión de Cristo fue un objeto de escándalo. Jesús se encontró, colgado en el madero, en la situación de un maldito de Dios. Y es quizá a causa de esto por lo que Saulo de Tarso llegó a ser un perseguidor. Parece que para Pablo no hay nada peor que el encontrarse en esa situación, como si para él, la muerte de Cristo, la muerte en sí, fuese menos penosa, menos dura que el hecho de haber sido suspendido del madero bajo la maldición de Dios.

Por tanto, tanto el Padre como el Hijo habían aceptado tal situación. Pero Pablo no ha escrito nunca que por el hecho de haber maldecido Dios a Jesús hemos sido nosotros liberados de la maldición. Esto está muy claro en el texto griego, donde dice: Jesús ha venido para rescatarnos de la maldición de la ley, porque ninguno de nosotros es capaz de dar entera satisfacción a esa ley. Pero ha venido para liberarnos de esa maldición dando él mismo una obediencia perfecta a la ley de Dios, obediencia que va a ser transferida a nuestra cuenta personal, la justicia de Jesús, su perfección.

La obediencia de Jesús va a sernos acreditada en nuestra cuenta en la medida en que nosotros tenemos fe en él. Esa es la gran buena nueva del Evangelio: soy pecador, he cometido errores graves, por tanto la justicia de Jesús me es imputada en mi cuenta allá en los cielos.

¿Qué tengo yo que pagar entonces? Nada absolutamente. Esa salvación es gratuita. No importa cuál sea la situación en la que os encontréis, «Venid, comprad sin dinero y sin precio» (Isa. 55: 1). ¿Tenéis sed de Dios?... Sed «como el ciervo brama por las corrientes de las aguas» (Sal. 42: 1). Venid y bebed, es gratuito, no hay ninguna obediencia que realizar ni obras que cumplir, no se pide nada más que aceptarla, creerla, decir: «Sí, Señor»; reconocer su amor y misericordia.

Pero para venir a hacer esto en nuestro lugar, como se describe en Hebreos, a obedecer para nosotros, ha vivido entre los hombres, testimonió contra ellos que sus obras eran malas, ha sido por consiguiente odiado por los hombres, su odio ha llegado a ser criminal y Dios se ha retirado para permitir que este odio llegase a asesinar...

El Padre y el Hijo se han dado. Y he dicho bien: el Padre y el Hijo. Porque Pablo dice que Dios estaba *en* Jesucristo, el Padre no estaba separado del Hijo. Como os he dicho anteriormente, quizás el Padre ha sufrido más que el Hijo, si es posible establecer comparaciones entre uno y otro, pero cuando se llega a un grado tal de sufrimiento, los matices desaparecen.

Quisiera aquí resaltar tanto el amor del Padre como el del Hijo. He sufrido oyendo predicaciones o estudios que elevaban hasta lo sublime el amor de Cristo, pero que resultaban auténticas bofetadas dadas al rostro de nuestro Padre celestial. A veces hemos sido injustos para con el Padre, que ha sufrido por tener que entregar a su Hijo a esa situación de maldito pero que no ha sido quien maldice al Hijo, aunque lo pone *en situación de...* y los hombres han llegado a creer que Dios había maldecido a su Hijo. Esto es lo que enseña Isaías 53, que con mucha razón se llama el protoevangelio.

III.2. RECONCILIACIÓN

Para terminar, deberíamos hablar de reconciliación. ¿Sabéis que esta es una noción que no existía antes del apóstol Pablo? No existía tampoco la palabra ‘reconciliación’ antes de Pablo, ni en griego ni en hebreo. Es Pablo quien inventa esta palabra a partir de otras dos griegas que significan: convertir en otro completamente. Es el verbo griego καταλλάσσω (*kataláso*), que está compuesto de dos partes: *a*) κατα (*katá*), de arriba abajo, total, completo; *b*) ἀλλάσσω (*aláso*), transformar. Entonces *kataláso* es: convertirse en otro de una forma completa.

La palabra reconciliación, καταλλαγή (*katalagué*), la encontramos cuatro veces en las epístolas de Pablo:

Rom. 5: 11 «hemos recibido la *reconciliación*».

Rom. 11: 15 «es la *reconciliación* del mundo».

2 Cor. 5: 18 «dio el ministerio de la *reconciliación*».

2 Cor. 5: 19 «la palabra de la *reconciliación*».

El verbo reconciliar (*kataláso*) lo encontramos cinco veces en las epístolas de Pablo:

Rom. 5: 10 «*fui*mos reconciliados con Dios ... mucho más, *estando reconciliados*».

1 Cor. 7: 11 «o *reconcíliese* con su marido».

2 Cor. 5: 18 «el cual nos *reconcilió* a sí por Cristo».

2 Cor. 5: 19 «en Cristo *reconciliando* el mundo a sí».

2 Cor. 5: 20 «*Reconciliaos* con Dios».

Leamos en el texto de Romanos 5: 6-10. ¡Qué maravilloso texto! Estábamos sin fuerzas, sin vida sin futuro, sin esperanza, sin mañana... Nuestra vida no tenía ningún sentido — «comamos y bebamos que mañana moriremos» (1 Cor. 15: 32)—. ¿Para qué pues luchar? Dejémonos llevar y seremos como el corcho sobre el agua: si el agua sube, subimos; si baja, descendemos. Sin fuerza en una vida tal, sin dirección, a merced de los acontecimientos.

La Sra. White nos pone en guardia contra una actitud tal. Ella dice que no son los acontecimientos los que deben moldearnos, sino ser nosotros los que dejemos nuestra huella y personalidad sobre ellos, los que debemos determinarlos. Los acontecimientos son a veces dolorosos, nos alcanzan de lleno, pero no hay que dejarse llevar por las fluctuaciones de la marea como el corcho, sino dominar la marea de los acontecimientos.

Y es lo que hizo Jesús. Cuando se encontró en presencia de la cruz, en la epístola a los Hebreos se nos asegura que fue a la muerte teniendo en vista el gozo que le era reservado (Hech. 12: 2). Nadie ha comprendido eso mejor que el propio Pablo. Él podía decir a los Colosenses: «Yo me gozo en mis sufrimientos por vosotros» (Col. 1: 24). ¡Es fantástico!

Los alquimistas de la Edad Media querían llegar a obtener oro a partir del plomo. Pablo consiguió obtener gozo partiendo del sufrimiento. Era un discípulo de Jesús no transformado ni deformado por las circunstancias sino dominador de esas circunstancias. No está pues ya sin fuerzas porque Cristo apareció en su vida y él no resistió a la visión celestial. Pablo dirá: antes éramos enemigos, pero Cristo vino para reconciliarnos con Dios (Rom. 5: 10). ¡Reconciliarnos con Dios! He leído muchos comentarios al respecto y a veces he sentido terror. Muchos comentaristas explican este pasaje como si Pablo hubiese dicho que Jesús vino a reconciliar a Dios con los hombres, cuando lo que dice es que vino para reconciliar a los hombres con Dios. ¿Veis la diferencia?

Supongamos que tengo un problema con otra persona. Ella me ha causado dolor, he-

mos llegado a ser enemigos y debemos reconciliarnos. ¿Quién debe hacerlo con quién? Es el mismo problema que se establece aquí entre Dios y los hombres. ¿Es a Dios a quién hay que cambiar para que se adapte al hombre o son los hombres quienes tienen que modificarse ante Dios?

Para la teología de la Edad Media, con San Anselmo a la cabeza, hay que reconciliar a Dios con el hombre. Dios se reviste de su honor pomposo, el pecado es un crimen de *lesa majestad*, no se le ha dado a Dios lo que quería y está enfadado. Es cierto que Pablo habla de la cólera de Dios, pero lo que no se ha comprendido es el sentido de ella. La cólera de Dios es la imposibilidad que Él tiene de permanecer insensible ante el mal. Si ponéis al rojo un hierro y lo metéis en el agua, esta crepita. De la misma manera, si hacéis intervenir a Dios en la vida pecadora de los hombres, habrá algo discordante. No es posible colocar el pecado delante de Dios sin que haya una reacción por su parte. El rechazo de Dios de aceptar el pecado del hombre es lo que motiva su cólera. Pero, ¿nos priva esta cólera de su amor hacia nosotros? En absoluto, «Porque de tal manera amo Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3: 16).

«De tal manera...» ¿Es que Dios esperaba ser pagado por Jesucristo? ¿Es que esperaba poder descargar su cólera sobre Jesús en la cruz? Yo no encuentro esto en ningún lugar de las Escrituras, sino todo lo contrario, porque Pablo dice: «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. 5: 8). Es por esto que en *El camino a Cristo* se encuentran pasajes maravillosos sobre este tema.

Voy a abrir aquí un paréntesis. No os he leído muchos textos de la Sra. White, pero la he evocado con frecuencia y puedo decir que en la base de todas las explicaciones que os he dado debo mucho a su inspiración. He leído muchos libros acerca de Cristo, pero nada comparable a lo escrito por ella en el libro *El deseado de todas las gentes*. Aún hoy, cuando lo leo, hago descubrimientos inspiradores.

No es un lenguaje académico el suyo, pero es el lenguaje de la sabiduría y del corazón. Os animo a leer sus libros; no debíamos turbarnos por el hecho de que hayan sido víctimas de ataques sistemáticos y escandalosos. Encontraréis pocas cosas tan hermosas como las que ella ha escrito acerca de Jesús. Sus escritos no son siempre fáciles de comprender, porque en ellos no hay una teología sistemática y a veces pueden aparecer pasajes que aparentemente son contradictorios con otros; pero hay una cierta hermenéutica que hay que saber aplicar y si tenemos la sabiduría de saber leer sus textos en forma correcta, ascenderemos a cumbres inusitadas. Cierro aquí el paréntesis y vuelvo al texto.

La reconciliación, pues, de la que Pablo nos habla no implica una transformación de Dios hacia nosotros sino una transformación del hombre hacia Dios.

Tomamos ahora el texto de 2 Corintios 5: 16-21. Estamos en una de las cumbres sobre la revelación de Dios. Pablo repite que *nosotros* somos reconciliados con Dios, la misma idea que en Romanos 5, pero añade ahora que, por este hecho, hemos llegado a ser embajadores de Dios.

¿Sabéis qué caracteriza al embajador? Es lo que en derecho se llama la extraterritorialidad. Allí donde se encuentra la embajada, se encuentra el país del embajador y no el país donde él se encuentra. Dicho de otro modo, cuando yo entro en la embajada española en Suiza, ya no estoy en Suiza, sino en España. ¿Qué implica ser embajadores de Cristo?

Que allí donde estemos se encuentra el país de Dios; no estamos ya en el mundo, sino en el reino de Dios.

Pero no basta con decirlo, hay que sentirlo, darse cuenta de ello. Es necesario que pensamientos, palabras y actos estén en armonía con esta afirmación, porque cuando estamos reconciliados con Dios, no tan solo hemos dado la mano a aquel con quien estábamos enfadados sino que hemos llegado a ser completamente distintos. Esta es la esencia del verbo griego *kataláso*: cambiados de arriba a abajo. Pablo expresa la misma idea con otras palabras cuando dice que llegamos a ser nuevas criaturas y podríamos traducir el texto por: «Una nueva creación», pues la reconciliación implica una total transformación de nuestra naturaleza.

Así vamos a terminar el círculo que hemos comenzado a dibujar. Hemos partido de la idea de diferenciación entre el monergismo y el sinergismo.

¿Es Dios quién hace todo *por nosotros*, pero *sin nosotros*, con los inconvenientes ya señalados? ¿No tenemos nada que hacer? ¿Podemos vivir de cualquier manera? ¿Hay que haber recibido unas gotas en la cabeza cuando fuimos bebés, decir gracias de vez en cuando y no ocuparnos ya más de la ley de Dios? Esto es volver atrás, volver a ser judío, volver al vómito, no hace más falta ocuparnos... Esto es el monergismo. Y hay algunos adventistas que en los últimos tiempos han empezado a flirtear con estas teorías y eso me hace temblar.

Del otro lado está el sinergismo, en el que se insiste tanto en la acción humana que corremos el peligro de volver a caer en la posición judía, donde se trataría ya de una manipulación de Dios mediante las obediencias.

Hay pues un peligro en ambas posiciones. ¿Dónde debemos colocarnos nosotros?

Volvamos a Romanos 5. Pablo ya nos ha explicado que hemos sido reconciliados con Dios, que llegamos a ser nuevas criaturas; mejor, una nueva creación. Se impone entonces preguntarse: ¿Qué es lo que esto implica?, ¿es que no soy un descendiente de Adán? Por supuesto. Pablo lo dice al final del capítulo, somos todos descendientes de Adán y de él heredamos lo que denominamos el peso del pecado. Yo tengo el pecado en mis miembros. Pablo mismo hizo la experiencia: «No hago aquello que quiero, y aquello que no quiero, eso es lo que hago» (Rom. 7: 15). Estoy vendido al pecado. Soy un auténtico descendiente de Adán, y tengo que llegar a ser un auténtico descendiente de Jesús, debo pasar pues por el nuevo nacimiento, salir de la herencia de Adán y situarme en la genealogía de Jesús.

¿Cómo hacer esto? La respuesta la encontramos en Romanos 6: el bautismo. ¿Qué es en sí el bautismo? Consiste en morir. Si muero, se cortan todos los lazos con el primer Adán, concluye la obligatoriedad de estar ligado a Adán, ya no soy su heredero ni tengo el peso de su pecado. El pecado no habita más en mi carne y puedo decirle que ha sido vencido. ¿Por quién, por mí? ¡Oh, no! Yo no podré vencer jamás al pecado, pero es vencido por Jesús. Y por el bautismo, no solo voy a morir a mi descendencia con respecto a Adán sino que voy a resucitar a una nueva vida que ha sido preparada con Dios en Jesucristo con la obediencia a Jesús, con las buenas obras que Dios ha preparado antes. No estaré ahora bajo la atracción o el peso del pecado sino que estaré bajo una nueva fuerza de impulso. Es cierto que no haré el bien por propia naturaleza, sino que tendré que hacer esfuerzos.

III.3. ADOPCIÓN

Ayer os recordaba el texto de Filipenses: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Fil. 2: 12). Pero, ¿Debo ocuparme en obedecer, he de trabajar contra el pecado? La respuesta es no. Si lucháis contra el pecado estáis vencidos de antemano, Pablo es explícito en esto. Lo dice en Efesios 6: 12, no tenemos una lucha contra el pecado en sí mismo. Tenemos que revestirnos de toda la armadura de Dios y luchar por permanecer en el impulso que nos da Jesús, para permanecer en él como una misma planta.

Hay una palabra predominante en Romanos 6: *συμφυτος* (*symfytos*). Proviene de dos vocablos griegos: *a*) *φυτον* (*fytón*), planta, una misma raíz; *b*) *συν* (*syn*), con. Venimos a ser con Jesús una sola planta, él lo había dicho ya: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos» (Juan 15: 5). Pero además de esto, existe un enemigo que merodea alrededor y que trata de separarnos de Cristo. Tenemos pues una lucha para seguir permaneciendo unidos a él. Es necesario leer la Palabra de Dios, estudiar la vida de Jesús, meditar en su enseñanza y hacerlo con oración, porque todo el estudio de la Biblia que se hace sin oración es vano. No hay que estudiar la Biblia buscando hacer dogmática ni teología, sino para consolidar nuestro anclaje en el Señor, para que sus pensamientos lleguen a ser mis pensamientos, sus palabras y actos los míos, para que llevemos sus frutos, para ser nosotros los sarmientos de la vid.

Y en Romanos 7 Pablo va a abrir ahora un gran paréntesis para hacernos comprender que esto no vendrá de por sí. No voy a entrar en detalle en este capítulo, pero sabéis que esto implica una discusión terrible. ¿Cuándo ocurre esta situación de auténtico desgarramiento interior en Pablo, antes o después de su conversión? Muchos dicen que antes, pero yo creo personalmente que un hombre que no está realmente convertido no puede llegar a realizar estas discusiones de carácter interno como las que Pablo presenta aquí.

Pero después de su conversión Pablo ha sido tentado; ¿por quién?, por la ley, no por el pecado. Pablo tiene un momento al principio de su ministerio en el que hace mal uso de la ley de Dios y esto representará para él un período de dolorosa crisis. Conocía la ley de Dios en Jesús, ya que la había conocido en tanto que judío, pero cuando conocía la ley de Dios sin Jesús, creía poder conformarse a ella de una manera perfecta; se creía irrepachable porque veía la ley solo desde el exterior. En cambio, cuando Cristo entra en su vida, la ley toma una nueva dimensión, es cuando se descubre pecador. Lucha contra el pecado con la ley, pero cuanto más lucha, más se hunde, resbala en el pecado. Y es dramático ver el resultado de esta crisis hasta que él mismo cuenta el secreto de la victoria: «¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?» (Rom. 7: 24). ¿Quién me transportará de la genealogía de Adán a la de Cristo? «¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo!» (Rom. 7: 25), porque es por su poder que en él puede producirse este milagro. Pablo llega a ser una nueva creación, no solamente queda reconciliado con Jesús sino que además es adoptado por Dios en Jesús, lo que refleja Romanos 8, con la idea central de la adopción.

Durante cierto tiempo me sentí molesto por el término *adopción*. He llegado a preguntarme si queremos tanto a un hijo adoptivo como a uno biológico. Después de ciertas pruebas dolorosas, mi hija, que no puede tener hijos, acaba de adoptar a una niña. Ha luchado durante dos años para poder obtenerla. Hace algunos días nos ha llamado y nos ha dicho: «Acabo de venir de la comisaría de policía y... ¡ya está hecho! ¡Una niña va a llevar mi nombre!», nos decía, «Cuando salí de las oficinas, la niña se me quedaba mirando sorprendida, como preguntándome que me pasaba, porque me he puesto a

besarla». Preguntadle a mi esposa si esta niña no es ya su nieta. Tampoco hace falta que os diga el lugar que ya ocupa en mi corazón... Hemos sido pues adoptados por Dios en Jesús.

Hace algún tiempo, teníamos el culto matutino en la Federación² y uno de mis jóvenes colaboradores decía: «Cuando estemos en el cielo podremos darle la mano a Dios». Él creía que estaba siendo muy audaz al expresar esto. Yo le he dicho: «Para mí no es bastante, yo voy a saltarle al cuello y le diré: ¡Padre!».

Soy su hijo y Él es mi padre. Esta ha sido la labor de la cruz de Jesús. Para realizar esto, tanto el Padre como el Hijo han tenido que aceptar el escándalo de la cruz. Nada podría decirnos, de forma más íntima, hasta qué punto Dios y Jesús nos aman. ¿Resistiremos un amor tal?

III.4. PREGUNTAS Y RESPUESTAS

P. Cuando Jesús estuvo en el Getsemaní dijo: «¿Por qué me has abandonado?». ¿Sintió la sensación del pecado?

R. Yo creo que ya en el Getsemaní, pero sobre todo en la cruz sintió la separación del Padre. No podía conocer el pecado, puesto que no había pecado, pero conoció la consecuencia del mismo, que era la separación de Dios. Era por primera vez desde su nacimiento y la única en toda su existencia que sentía esto y era tanto más dolorosa para él por cuanto era santo.

P. ¿Qué papel juega el Espíritu Santo en este momento?

R. Es difícil disociar la acción del Espíritu Santo de la del Padre y el Hijo. Se habla relativamente poco del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, en cambio podemos ver su acción constante en el Nuevo. El Espíritu Santo preside ya desde el nacimiento de Jesús, como había presidido ya el nacimiento del mundo. Es también el Espíritu Santo quien conduce el ministerio de Jesús. En el momento del bautismo Jesús recibe el Espíritu Santo sin medida. Por consiguiente, cuando Pablo dice en 2 Corintios 5: 19 que Dios estaba en Jesús, lo estaba mediante el Espíritu Santo.

El único modo que Dios tiene de entrar en el hombre, en nuestro sistema de creación, es a través del Espíritu Santo. El Padre es Dios en la creación, el Hijo es Dios con nosotros y el Espíritu Santo es Dios en nosotros. Y la unidad que existió en la vida de Jesús con su Padre es debida, probablemente, al Espíritu Santo. Por consiguiente, las tres personas de la Trinidad están unidas en la obra de salvación del género humano.

P. Cuando Jesús pronuncia las palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» y añade: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». ¿Muere la segunda muerte?

R. Esta es una cuestión muy delicada. ¿Qué diferencia existe entre la primera y la segunda muerte? Bíblicamente hablando se puede decir que la primera es un sueño, mientras que la segunda es una destrucción total.

¿Por qué la primera muerte no es más que un sueño? Porque Dios interviene con la

resurrección. Si Él no interviniese, la primera muerte sería ya definitiva.

Os confieso que en lo que a mí se refiere, no me gusta mucho hablar de primera o segunda muertes con relación a Jesús. Es, de nuevo, el peligro de colocarse en un término jurídico que la Biblia no nos impone. ¿Por qué se habla de segunda muerte a propósito de Jesús? Porque se trata de ver esta cuestión desde el punto de vista jurídico. Jesús no nos impide morir la primera muerte, porque de hecho la sufrimos. Él nos libra de la segunda. Entonces se dice que Jesús murió la segunda muerte. Pero en el sentido bíblico del término, ¿significaría esto que Jesús no ha sido aniquilado por la muerte? Esto es una contradicción. Jesús no ha sido aniquilado, porque su espíritu volvió al Padre. En el calvinismo hay precisamente todo un problema cristológico en esto. Muchos teólogos calvinistas pretenden que Jesús no estuvo verdaderamente muerto y haciendo alusión a ciertas restricciones del espíritu se dice que murió como hombre, pero no murió como Dios. Entonces, ¿murió o no murió?

Se dice entonces que el Dios Jesús resucitó al Jesús hombre. Pero no hay nada en la Escritura que pueda sostener esto. Hay veinte declaraciones en el Nuevo Testamento que hablan de la resurrección y en los veinte se dice que es el Padre quien resucita al Hijo. Hay dos versículos que no parecen estar de acuerdo: «Destruid este templo y yo lo reconstruiré» (Juan 2: 19) y «nadie me quita la vida, tengo el poder de darla y de volver a tomarla» (Juan 10: 18). En estas dos declaraciones parece que es Jesús quien levanta a Jesús.

¿Interpretaremos estos textos en contradicción con los otros veinte? Es una teología peligrosa colocar un texto en contraposición a otro. Una sana exégesis debe encontrar un sentido coherente a todos los textos. Es imposible meter los veinte textos en el sistema de estos dos, pero muy sencillo introducir los dos en el sistema de los veinte. ¿Cómo?

¿Cómo conquistó Jesús su resurrección? ¡Porque la conquistó! ¿Fue una gracia? ¿Una deuda? Dios habría sido injusto si dejase a Jesús en la tumba, no se podría hablar nunca más de la justicia divina si Jesús no hubiese resucitado. Cristo, por su obediencia perfecta, por su fidelidad absoluta, puso a Dios en obligación y derecho de resucitarlo. Y el verbo que se traduce en Juan 10: 17, 18 puede también ser traducido como: «Tengo el derecho de darla y de tomarla». ¿Tenía derecho Jesús de volver a entrar en posesión de su vida? Por supuesto, pues su muerte fue injusta. Es muy fácil pues hacer entrar estos dos textos en armonía con los otros veinte.

IV. ¿QUÉ HACE EN EL CIELO? LA INTERCESIÓN

IV.1. «SI DIOS POR NOSOTROS...»

Abramos nuestras Biblias en la epístola a los Romanos 8: 31, ss.

Queridos amigos, el capítulo 8 de esta epístola es quizás uno de los pasajes más preciosos de las Sagradas Escrituras. Comienza con una declaración fantástica: «Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Rom. 8: 1); y cuanto más se ha sufrido en el pecado, más liberación sentimos en el «*no hay condenación*». Podemos mirar al Señor, podemos encontrar su mirada. No hay velo entre él y nosotros. Somos justificados, perdonados y reconciliados con Dios. Una alianza indestructible.

Así comienza el capítulo. Comprobemos cómo termina: «*no habrá más separación*».

No solo no hay condenación para los hijos de Dios, sino que no habrá separación. Aquel que es luz, que es vida, en quien vivimos, nos movemos y somos; el Creador del cielo y la tierra, quien ha hecho lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño; el Maestro de la historia, el Señor de los hombres... quiere que estemos con Él para siempre. No habrá más separación.

El último pasaje de este capítulo comienza también con una afirmación que es extraordinariamente hermosa: «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom. 8: 31). ¿Os podéis imaginar que «Dios es por nosotros»? Es tranquilizador tener consigo a alguien tan poderoso. Es maravilloso contar con un amigo inteligente, dotado; el contacto con él es agradable, enriquecedor. Y ahora se nos asegura que es Dios mismo quien está por nosotros. ¿Qué podemos esperar que sea más grande? Me siento emocionado cuando leo esta frase. ¿A quién temeré pues? ¿Qué podemos temer ahora? En la medida que Dios está por nosotros, tenemos con Él todo absolutamente, y esto es lo que precisamente quiere decir el apóstol Pablo. Si Dios mismo no perdonó a su propio Hijo, lo entregó a la muerte por amor hacia nosotros, del cuál dijo que era: «Mi Hijo amado», lo que tenía más precioso y querido ¿Qué más va a rehusarnos? Nos dio lo que le costaba tanto, ¿cómo no nos va a dar el resto? Sería impensable.

El apóstol añade: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios?» (Rom. 8: 33). Si, como afirma, es Dios quien justifica, ¿quién podrá acusarnos? Esta idea volverá más de una vez al pensamiento de Pablo.

Cuando estudiamos los escritos de San Pablo con profundidad, descubrimos rápidamente que las palabras aportan ideas que van encadenándose hasta formar el razonamiento. El apóstol acaba de decir: Nadie puede acusarnos ¿Es esto exacto? ¿No tenemos en algún lugar un acusador a quien debemos temer? De ello nos va a hablar a continuación.

«Cristo es el que murió; más aún, el que resucitó» (Rom. 8: 34). ¿Nos damos cuenta del sentido de esta afirmación? Si Cristo murió, hay algo en esa muerte que tiene un poder especial. Un valor misterioso. Pablo establece una comparación: si ponemos acento en la muerte, no olvidemos la resurrección. Porque la resurrección de Jesús tiene aun más valor que su muerte. Si Cristo hubiese permanecido en la tumba, las cruces no se levantarían sobre los sepulcros. Pero Cristo ha vencido a la muerte. Subió a la diestra de su Padre. Pero ¿qué hace en el cielo en estos momentos? ¿Se fue de vacaciones?, ¿tal vez a esperar tranquilamente el fin de los tiempos?, ¿a reposar de su penoso trabajo aquí en la tierra?

IV.2. LA INTERCESIÓN DE JESÚS

¿Qué hace Jesús en el cielo? Romanos nos lo aclara: «Él está a la diestra de Dios ... *intercede* por nosotros» (Rom. 8: 34). ¿Qué hace Jesús? *Intercede* por el hombre.

La traducción que algunos han hecho de la palabra *interceder* ha sido un tanto penosa; cuando alguien se dirige a un intercesor es porque tal vez tiene miedo de no obtener aquello que uno desea. El motivo puede ser que el favor que deseamos obtener no nos sería concedido fácilmente. Por tanto, tratamos de encontrar a otra persona que está en buenas relaciones con el personaje apropiado. Vamos al encuentro de este mediador y le pedimos: «¿No podrías hablar de mí a...?».

En otros términos, la intercesión presupone algo difícil de conseguir de forma natural. Si este axioma está en nuestro pensamiento y lo aplicamos a nuestro tema llegaremos a entender que si Jesús intercede por nosotros, es porque Dios no está por nosotros. ¿Nos

damos cuenta que nos encontramos con un contrasentido? En el razonamiento Pablo dice que Dios está por nosotros. Entonces ¿por qué necesitamos un intercesor? Desarrollemos esta idea.

Los teólogos de la Edad Media no reflexionaron al respecto, y han descrito a Jesús cerca de Dios mientras le suplica que nos perdone. Es la misma idea de San Anselmo. En principio Dios está contra el hombre; su cólera va en aumento, no ve más que nuestros pecados y no cambiará su forma de pensar y de actuar sino en la medida en que se aporte una gran cantidad de sangre que debe correr para aplacar su ira. Cuando el sufrimiento del Hijo calme su enojo, entonces, al fin, Dios querrá ocuparse de los pecadores. Advertimos de este pensamiento medieval que la muerte de Jesús ha empezado a endulzar y apaciguar al Padre. Pero como esto no basta aún, es necesario que continúe intercediendo junto a Dios, de rodillas si cabe, suplicándole y recordándole que él ha muerto, haciendo valer por tanto, su sangre constantemente.

¿Es así como la Palabra de Dios nos permite hablar del término intercesión? Vamos a demostrar tres dificultades que se nos presentan en este plano:

1) Cuando Jesús estaba en la tierra, ¿no tenía poder para perdonar? Jesús encontró a la mujer adúltera y le dijo: «Ve tu fe te ha salvado, yo no te condeno» (Juan 8: 11). Cuando le trajeron al paralítico exclamó: «Tus pecados te son perdonados» (Mat. 9: 2). ¿Entonces...? Mientras que Jesús estuvo en la debilidad de su encarnación, tenía poder soberano para perdonar; y ahora que ha vencido al pecado, a la muerte, y ha resucitado subiendo a la diestra del Padre, ¿tiene que suplicarle que nos perdone? Hay verdaderamente una contradicción flagrante. Si podía perdonar los pecados cuando vino al mundo, ahora que está a la diestra de Dios, ¿no tiene otra cosa que hacer que estar suplicando por nuestra remisión?

2) Leemos en Juan 16: 25-27 una declaración que está poniendo en entredicho esta teoría. Utilizando la expresión: «Y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama», da a entender que Jesús previó la interpretación de San Anselmo, advirtiéndose de un posible equívoco.

3) El verbo griego que se traduce por la palabra interceder, es: *εντρογχανω* (*entugkháno*), verbo que se emplea comúnmente en el Nuevo Testamento. El estudiante, cuando lo analiza en su contexto, sabe muy bien qué significa: situarse en contra de otro teniendo la certeza de que con su decisión va a provocar su muerte. Por ejemplo, cuando San Pablo fue detenido en Jerusalén, hubo todo un pueblo que quería condenarlo a muerte. Se dice en el texto: «que el pueblo intercedió para que se le diera muerte» (Hech. 25: 24). De nuevo este verbo aparece ilustrando la idea. Podemos notar que no es una intercesión *en favor de*, sino *contra*, por consiguiente hay un problema filológico que viene a acumularse a los otros dos.

Si tomamos la intercesión en el sentido que le daban en la Edad Media, Jesús, que está frente al Padre, tiene ahora menos fuerza y poder que cuando estaba en la tierra, por lo cual estaría en contradicción consigo mismo, porque dijo que él no rogaría al Padre por nosotros. ¿Qué es pues la intercesión? Hemos visto lo que no es.

IV.2.1. «El acusador de los hermanos»

Para poder entender este término debemos volver atrás en nuestra exposición. Comentamos anteriormente que había un *acusador*. El apóstol Pablo dice: «¿Quién nos acusará?» (Rom.8: 33). ¿Estamos seguros de no tener un acusador? Encontramos en el Antiguo

Testamento un pasaje respecto a esto, que se presenta en el libro de Zacarías 3: 4. Hay alguien que acusa al Sumo Sacerdote.

Recordemos también el texto de Apocalipsis 12: 7-12, de esto podemos afirmar que si Dios está con nosotros, también hay alguien que está contra nosotros. Y este es el gran enemigo de Cristo. Él nos ha conducido a la tragedia de los siglos y de él habla San Juan definiéndolo como el «acusador de los hermanos» (Apoc. 12: 10).

«Hubo guerra en el cielo. Miguel y sus ángeles lidiaban contra el Dragón» (Apoc. 12: 7), pero gracias a Dios Miguel y sus ángeles fueron más fuertes. A pesar de ello, el Dragón sigue ahí. «La serpiente antigua que es diablo y Satanás» (Apoc. 12: 9), el enemigo, que divide, pone obstáculos entre Dios y nosotros y que busca hacernos resbalar en nuestra ascensión hacia el Señor. Podríamos hablar durante varias horas de los nuevos sistemas que utiliza el diablo para atacar a la humanidad. El Apocalipsis nos indica que en los últimos tiempos Satanás redoblará sus esfuerzos. Podría mostraros cómo el diablo nos ataca por métodos completamente nuevos: las falsas medicina, psicología y teología, la música, los nuevos senderos pseudocientíficos.... El enemigo de los hermanos está al acecho. Hoy no se presenta como un dragón, se presenta como un «ángel de luz», disfrazado de intelectualismo y bajo la capa de teorías muy avanzadas; por eso mismo debemos ser prudentes cuanto más profundamente estudiemos. La amenaza de la seducción está a cada paso.

Pero hay una cosa de la cual Satanás nos acusa. ¿Cuál es? ¿En qué estriba su acusación? ¿Pensáis que pierde su tiempo delatándonos de adulterio, robo, ser violentos, etcétera? No es necesario. Si pecamos por adulterio o nos entregamos al orgullo, somos nosotros mismos quienes nos condenamos. Quien vive en el pecado se condena a sí mismo. No necesitamos de esta manera de un fiscal. Si no es por la transgresión de la ley, ¿en qué consiste la delación?

Tenemos una historia en las Escrituras que nos demuestra este enfrentamiento sanginario de Satán abrogándose un «derecho adquirido» sobre nosotros. Es la historia de Job. Job era un hombre íntegro. Dios mismo enfatiza sobre su carácter sublime. Pero he aquí que Satanás interpone una pequeña pregunta. Parece no tener importancia, pero que resulta ser insidiosa: «¿Tú crees que Job te sirve por nada?» (Job 1: 9). Imaginemos que un joven y una muchacha empiezan a amarse y otro personaje se aproxima al muchacho para decirle: «Sabes, no es por ti mismo que ella está interesada. Está interesada porque eres médico y podrás ofrecerle una vida agradable. ¡Ah! si tú fueras panadero o carpintero...» De esta manera Satanás se acerca a Dios con la acusación sobre el hombre de no amar a Dios por Él mismo. En este momento que reflexionamos sobre la Palabra de Dios se nos acusa de estar aquí por interés, vamos a Dios para ganar el paraíso o para evitar el infierno o el purgatorio; tal vez para evitar que caigan sobre nosotros calamidades o miserias. No estamos interesados por Dios gratuitamente.

Volvamos a la historia de Job. Job ama a Dios. ¡No es difícil!, es rico, está casado, tiene hijos, es feliz, ¿por qué no andar con Dios? Ahí se encuentra la pregunta insidiosa, la perversa acusación. Perversa porque una vez pronunciada no vuelve atrás. Ni Dios ni Job pueden levantar ese alegato. La única manera de hacerla desaparecer será diciendo a Satanás: «Atácalo, arrebatáale sus bienes, lleva el luto a su familia, incluso puedes perjudicar su salud. “Solamente no pongas tu mano sobre él... él está en tu mano; más guarda su vida”» (Job 2: 6). Cuando Job queda desnudo y está sentado sobre un montón de estiércol, su querida esposa se acerca a él para decirle: «Maldice a Dios y muérete» (Job 2: 9). ¡Qué

momento tan atroz!

Una historia terrible que provoca el acusador de los hermanos. Es quizás esta la razón por la cual muchos hombres de Dios sufren y han sufrido. Los profetas, los apóstoles... legaron a ser mártires. «¿Queréis seguirme?», decía Jesús, «¿Estáis dispuestos a llevar vuestra cruz? ¿O me seguís por interés? No olvidéis que yo no voy a ser un hombre poderoso aquí en la tierra. Terminaré mis días sobre una cruz. ¿Podéis seguirme hasta ella? ¿Me acompañáis por amor o buscáis alguna ganancia?» Job nos enseña a amar a Dios gratuitamente.

Finalmente, Dios le dejó vivir. Y todos sabemos qué hubiese ocurrido si a Satanás se le dejara atentar contra su vida. Mas Dios no lo quiso. Pero con Cristo, la cosa fue diferente. Sobre la cruz del Gólgota Dios no dijo a Satán: «Tú no irás hasta el final». Dios le permitió «poner su mano». Llevar a Jesús a una muerte que él no merecía. El único ser sobre la tierra que no debía morir, murió para probar que amaba a Dios sin ningún tipo de interés. Lo amó y sirvió hasta la muerte. Job era un tipo, y Cristo es el antitipo. Jesús es el verdadero Job de la humanidad.

Durante el tiempo que Jesús respiró, Satanás acusaba, pero cuando Jesús expiró, quedó desenmascarada la acción abominable del enemigo. Ahora Satanás debía callar y es echado del cielo; ya no tiene poder sobre nosotros. Leamos otra vez Apocalipsis 12: «Y fue lanzado afuera el gran dragón [...] el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciando sus vidas hasta la muerte» (Apoc. 12: 9-11). ¿Qué es lo que hicieron los primeros cristianos? ¿Siguieron a un victorioso, a un triunfante? ¡No! En el plano humano su fe iba detrás de un vencido, de un condenado a muerte.

Jesucristo hace valer su sangre, delante del Padre, por nosotros. La hermana White ha escrito al respecto palabras verdaderamente conmovedoras que hay que tratar de comprender. Jesús hace valer su sangre ante Dios, no contra Dios, sino contra Satanás. No es Dios quién está contra nosotros, sino por nosotros. Pero al estar Satanás actuando como nuestro enemigo encarnizado, Jesús le presenta cara *por nosotros*. Este sería un primer sentido de la palabra intercesión. Jesús se sitúa entre Dios y nosotros. Este es el sentido del verbo *entugháno*, para protegernos de la acusación satánica.

IV.2.2. «Entregado por nuestras transgresiones». Redención

Pero hay un segundo significado. Volvamos a nuestra lectura original de Romanos 4: 23-25, y destaquemos el versículo 25: «El cual fue entregado por ($\delta\iota\alpha$, *diá*) nuestras transgresiones, y resucitado para (*dia*) nuestra justificación». Para aquellos que puedan leer el texto griego, pueden observar que aparece en esta frase dos veces la palabra *dia* más el acusativo. Algunos intérpretes bíblicos han creído ver en ellas que Jesús fue entregado *a causa* de nuestros delitos y resucitado *a causa* de nuestra justificación. Pero cuando *dia* anuncia una causa en el futuro no debe traducirse «a causa» sino «para». Así pues, la buena traducción de este pasaje sería como ha sido transcrita anteriormente. La pregunta se impone en estos momentos ¿Qué relación hay entre la resurrección de Jesús y nuestra justificación?

Frecuentemente se ha relacionado la justificación con la muerte de Jesús; más aquí vemos cotejada la justificación con la resurrección, y el pasaje que sigue en el capítulo 5 insiste que somos salvos por su vida (Rom. 5: 10). La muerte nos exime de la acusación,

pero la vida de Cristo juega un papel importantísimo en nuestra justificación, porque él resucita para que podamos ser declarados justos. ¿Por qué y cómo?

En el capítulo 5 de la Epístola a los Hebreos se afirma de forma concluyente que Jesús vive cerca del Padre. Al subir al cielo con su victoria sobre el pecado, puso esta a nuestra disposición. Dios ya no nos mira a nosotros, sino a Cristo viviendo en nuestro lugar. En cierta medida podemos deducir que la redención consiste para Dios en mirar a Jesucristo vivir en el lugar del hombre, cada vez que este vive plenamente en su Hijo. ¡Qué fundamental!

Se ha llegado a pensar que el hombre no puede vivir sin pecar, algunos consideran que es imposible conseguir la victoria sobre el pecado; sin Jesús esto es verdadero, pero en Cristo no tiene validez este aserto, porque es él quien consiguió el triunfo, por quien debemos y podemos vencer. En la medida que estemos *en* Cristo, Dios nos mira *como* a Cristo. Para que esto suceda es necesario que Jesús viva en nosotros. Él hace valer ante el Padre su perfecta obediencia y su justicia nos es imputada. Este es el lenguaje de San Pablo y también de la hermana White.

¿Significa pues que podemos vivir sin preocupaciones? ¿Podemos dormiros en los laureles? Dado que Jesús lo ha hecho todo, ¿no tenemos nuestra parte en nuestra salvación? ¡Ojo!, no olvidemos que somos *συμφυτοι Χριστος* (*symfytoi Khristós*), es decir, hechos con él una misma planta (Rom. 6: 5). A esto añadamos la expresión magistral del capítulo 8: 29 de esta misma epístola: «Conformes a la imagen de su Hijo»; la palabra griega, en esta ocasión, es *συμμορφους* (*symmórfous*). Por tanto, aquel que ha llegado a ser *symfytoi Khristós*, será también *συμμορφους Χριστος* (*symmórfous Khristós*), es decir, va a producirse una transformación, una metamorfosis, una verdadera renovación y recreación en el hombre y cada vez seremos semejantes al Redentor (2 Cor. 3: 18).

Una leyenda finlandesa cuenta que en un lugar de este país había una gran montaña y que esta estaba coronada por una roca inmensa que estaba tallada de tal forma que podía admirarse el rostro de un hombre. En la falda de la montaña se hallaba situada una pequeña aldea. En esta aldea se esperaba que un día el gigante de la montaña bajaría al llano y una edad de paz y felicidad comenzaría; la miseria y el sufrimiento desaparecerían, todo sería maravilloso. En este pueblecito vivía un joven que era un gran soñador y con frecuencia sus amigos se burlaban de él. Este joven miraba continuamente al gigante rocoso. Ansiaba ver aquel día en el que regresaría el cíclope, pues sabía que llegaría la felicidad para todos. Pasaron semanas, meses, años... Un buen día el muchacho, que ya era un hombre adulto, se encaminó a la plaza del pueblo. Todo el mundo empezó a mirarlo. ¡Estaban sorprendidos! Su cara no era la de siempre, se parecía tremendamente al del gigante de la roca. Había mirado tanto aquel rostro pétreo que al final llegó a parecerse a él.

IV.3. EL CONSOLADOR

Tenemos cerca de Dios a nuestro Señor. Hablamos continuamente que debemos estar en comunión con él. ¿Sabemos en qué consiste esta comunión? ¿Está nuestra mirada fija en él? ¿Es nuestra atención tal que se produce esta transformación?

Tomemos el ejemplo de la oruga que se pasea por la rama de un árbol, lentamente va mimetizándose con la rama. Si la oruga se coloca sobre una hoja verde el mimetismo le lleva a tomar el color e incluso la forma de la hoja. Esto mismo debe ocurrir entre Jesús y nosotros. En otros términos, Jesús está junto al Padre, por un lado defendiéndonos con-

tra la acusación de Satanás y por otro lado nos ayuda a llegar a ser semejantes a él; quiero insistir sobre esta última idea.

Leamos 1 Juan 2: 1, 2. Fijemos nuestra atención en el versículo primero: «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo». Jesús es llamado «abogado» junto al Padre. De nuevo San Anselmo ha influenciado sobre el traductor. Un abogado es aquel que intercede contra alguien en favor de otro. Intercede por nosotros. Si lo hace contra Satanás, es justo. Pero hay otra idea que debemos retener en este pasaje. La palabra griega utilizada es una palabra que debiera traducirse de otra manera. Es la misma expresión que emplea el mismo apóstol en su evangelio capítulo 14: 16. Ahí ha sido interpretada como «Consolador» y que incluso podríamos expresar como socorrista. La palabra griega en cuestión es *παρακλητος* (*parákletos*), que viene del verbo *παρακαλεω* (*parakaleo*) que significa «llamar junto a sí». Cuando Jesús se encuentra junto al Padre es nuestro *parákletos*, es decir aquel que podemos llamar junto a nosotros cada vez que lo necesitamos. Y podemos hacerle este llamamiento porque está siempre dispuesto a ayudarnos. El Señor no toma vacaciones junto a su Padre.

Quiero leeros unas declaraciones de la hermana White que muestran la necesidad que tenemos de que Jesús presente su justicia frente al Padre por nosotros: «Cristo, nuestro mediador, y el Espíritu Santo, interceden sin cesar en favor del hombre. Pero el Espíritu no intercede de la misma manera que Jesús ya que este ofrece su vida por nosotros desde la fundación del mundo. El Espíritu opera en nuestro corazón impulsándonos a la oración al arrepentimiento y a la alabanza. La gratitud que escapa de nuestros labios viene del hecho de que el Espíritu hace vibrar las cuerdas de nuestras almas, evocando los santos recuerdos y despertando la música de nuestro corazón. El servicio religioso, las oraciones, las alabanzas, las confesiones del arrepentido, etc. y que el creyente eleva al trono celestial, pasan por el canal corrompido de la humanidad quedando manchadas, no adquiriendo valor a los ojos de Dios sino gracias a la sangre de Jesús. Las mejores cosas que puedan surgir del corazón del hombre no pueden ser presentadas ante Dios más que a través de la justicia de Cristo. Jesús está ante el Padre para hacer prevalecer su justicia por nosotros, pero también hace valer nuestra propia justificación... El enemigo de Dios quiere que esta verdad sea presentada de una manera incorrecta. Comprendiendo mejor el misterio de la justificación de Jesús, menos poder tendrá Satanás contra nosotros».

«Pronto el pueblo de Dios será puesto a prueba por acontecimientos ardientes. La gran proporción de aquellos que hoy parecen verdaderos y auténticos cristianos aparecerán como vil metal. Continúad defendiendo la verdad y la justicia. Cuando la mayoría nos abandone, este será nuestro texto.»

Pero para ello necesitamos a Jesús. Está dispuesto a venir a socorrernos. Es nuestro *parákletos*; y así, a cada instante podemos volvernos a él y llamarlo en nuestro favor. Entonces nos recordará su apoyo, su sostén y su amor. De esta manera permaneceremos fieles frente a las seducciones y aunque tengamos que marchar hacia la cruz, ya no será para nosotros un escándalo, algo que no nos hará caer, porque tendremos la mirada fija en Jesús, el jefe y el consumidor de la fe.

¡Cuánto me gustaría hermanos y hermanas encontrarnos allá un día! Que el Señor marche cada instante a nuestro lado. Así nuestros pensamientos y sentimientos estarán dirigidos hacia él, le estaremos llamando sin cesar en nuestra ayuda. Que Dios venga en nuestra

ayuda. ¡Amén!

V. EL SACRIFICIO, ¿POR QUÉ?

Hemos dicho ya que el monergismo es la concepción teológica en la que se sostiene que Dios lo hace todo sin nosotros. Por consiguiente, aquellos que se pierden es porque Dios no ha querido salvarlos. Es la conclusión a la que llegó Calvino y antes San Agustín: Dios ha creado a unos para ser salvos y a otros para condenarlos.

Un concepto tal hace sobresaltar el corazón. Difícilmente se puede imaginar a un Dios, que haya creado almas para condenarlas después. Y debemos tener mucho cuidado cuando insistimos en la gracia de Dios de no olvidarnos de la participación que Dios espera del hombre, aunque solo sea tan solo para decir sí.

Esbozamos un segundo sistema que llamamos sinergismo. Y en ese sistema se insiste sobre todo, en la participación del hombre, con el peligro de caer en la salvación por las obras, y en consecuencia, en el formalismo.

Como Iglesia Adventista, debemos buscar nuestra posición en relación con los dos sistemas mencionados. Cuando hacemos hincapié en que debemos obedecer la ley de Dios, se nos acusa de estar del lado del sinergismo, y sin embargo somos plenamente conscientes de esa gracia que nos viene de Dios y de la salvación que solo a Él debemos. Pero existe una explicación de la muerte de Dios, de Jesús, que no me parece clara en lo que concierne a la posición adventista, y es por esta razón que vamos a estudiar este tema.

Siguiendo diversos textos del Evangelio vemos cómo se van perfilando dos caminos, uno que llamamos determinismo histórico, el cual subraya la fidelidad de Cristo a Dios, su Padre, y esto llega a ser insoportable para los hombres. Jesús resume su posición diciendo: «Porque yo doy testimonio de que sus obras son malas, tienen para mí odio, y este odio es mortal» (Juan 7: 7).

El otro camino se halla siguiendo el Evangelio. Vimos como estas amenazas se fueron precisando cada vez más; como el complot fue ya definido, como al final los hombres gritaron: «¡A muerte!, ¡crucifícale!». Desde ese punto de vista, podemos imaginar que la muerte de Cristo fue solamente un crimen. Y lo fue realmente, fue un asesinato. Jesús dijo que era un pecado, dijo también que era obra de Satanás. No obstante, leyendo las Escrituras se descubre una línea, una lectura teológica de los hechos. Jesús relaciona su muerte con las Escrituras. Él dice en un momento que su hora no ha llegado todavía, para afirmar más adelante lo inminente de su sacrificio. No duda en decir que es la voluntad de Dios lo que sucederá en el Getsemaní. Se ve pues, cómo Dios ha llegado a recuperar una situación que era desesperada y la convierte en un medio de salvación. No es que Dios pusiera en el corazón de Judas el deseo de entregar al Señor. No es que Dios haya puesto cobardía en el espíritu de Pilato. No fue Dios quien manipuló a la muchedumbre para que gritaran pidiendo la muerte de Jesús. Todos estos elementos no son más que la consecuencia del pecado, que se instala en el corazón de los hombres. En lugar de rehusar esto, Dios no solo lo acepta, sino que lo convierte en medio de salvación para los hombres. Es así como esta situación se transforma en el único medio de salvación para aquellos que creen en Jesús.

¿Por qué aceptó Jesús tal muerte? La inteligencia del hombre resulta corta para apro-

ximarse a temas tan solemnes. Debemos hablar con mucha humildad. Tengo la convicción plena de que, en esta tierra, no conseguiremos una explicación totalmente clara sobre estos eventos. La Sra. White nos dice que durante toda la eternidad, meditaremos en la muerte de Jesús. No cabe, pues, la menor duda de que se tratarán de revelaciones que recibiremos cuando podamos estar en la presencia del Señor. Pero si, al menos, pudiésemos llegar a eliminar ciertas incomprensiones, creo que ya avanzaríamos un poco.

Hace algunos años, en Francia, una célebre revista intelectual llamada *Age Nouveau* hizo una encuesta en los medios universitarios. La pregunta era: «¿Cómo concibe usted a Dios?». Y se pedía que estos intelectuales, diesen una respuesta personal. Una mujer de la rama de letras decía: «El cristianismo, parece ser la única religión a la que yo no podría llegar a adherirme totalmente. Ahí reside precisamente mi desgarramiento. Mi corazón se admitiría fácilmente cristiano, pero mi espíritu, por contra, se opone absolutamente a la noción del pecado original, y de un redentor muriendo para rescatarnos de nuestra condición. Me es imposible pasar por la puerta de la culpabilidad pecadora y del sufrimiento redentor. Quisiera creer en un Dios bueno, y son las pruebas que me dan de su bondad, las que no satisfacen a mi espíritu».

No sé cuál es la situación en España, pero he de decir que al menos en Francia este documento refleja la situación característica entre los intelectuales de allí. Hay incluso teólogos que rehusan la mención del sacrificio de la muerte de Jesús; se acepta ver en ella un asesinato, pero se niegan a ver un sacrificio. Yo voy a tratar de demostraros que la muerte de Jesús es también un sacrificio.

Un sacrificio es una muerte que uno desea, no una muerte que uno recibe; y Jesús quiso su muerte. El Padre quiso su muerte. Jesús dijo en un momento cercano a su muerte: «Bastaría que clamase a mi Padre, y Él mandaría legiones de ángeles para salvarme ... Pero nadie me quita la vida, la doy yo mismo» (Mat. 26: 43; Juan 10: 18). Así pues, la muerte de Jesús, es un sacrificio. Todo consiste en cómo debemos interpretar ese sacrificio. Tenemos en primer lugar la historia. Lo primero que llama mi atención es que no ha habido nunca un dogma sobre la muerte de Jesús, quizá esto os extrañe, pero es así.

V.1. EL POR QUÉ DE LA MUERTE DE CRISTO

Los grandes concilios han emitido dogmas en relación a la naturaleza de Jesús: Nicea, Calcedonia, Éfeso, son los grandes concilios en que se decidió la naturaleza de Cristo: naturaleza divina y naturaleza humana. No se ha dudado en presentar dogmas muy concretos relativos a este tema. Pero, en toda la historia ningún concilio, ni ninguna persona se ha atrevido a decir qué significa la muerte de Jesús. No hay nada sobre el tema, y la razón es sencilla. El asunto es tan complejo que ni aun los Padres de la Iglesia llegaron a estar de acuerdo sobre el mismo.

Durante los dos primeros siglos se han contentado con decir que somos salvos por Jesús. Una declaración domina todas las discusiones: «Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en quien podamos ser salvos» (Hech. 4: 11, 12).

Durante dos siglos nos hemos contentado con sostener y afirmar esto: somos salvos por Cristo, muerto y resucitado. Pero no se preguntan el por qué de su muerte.

V.1.1. Noción de satisfacción

La primera vez que surge el interrogante fue a finales del siglo II d.C. y fue propuesto por Ireneo, obispo de Lyon. Él se pregunta ¿por qué la muerte de Jesús?, ¿para qué ha servido? Y hace una declaración muy conocida que leemos en Mateo: «Como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos» (Mat. 20: 28). Es Jesús mismo quien habla y hace referencia al siervo de Dios de Isaías 53, y declara: «Como el Hijo del hombre no vino para ser servido».

Ireneo va a entrar en discusión sobre el tema del rescate. Y va a reflexionar de la forma siguiente: si hay rescate hay un esclavo, y un señor para el esclavo; pero si hay rescate, hay también liberador. No se puede hablar de rescate sin que haya estos cuatro términos: esclavo, señor, liberador y rescate. ¿Quién es entonces el señor del rescate? El esclavo es el hombre. El liberador es Jesús. El rescate es la muerte de Jesús. Pero... ¿quién es el señor del esclavo que va a recibir el rescate?

Ireneo da esta respuesta: es el diablo. El hombre es el esclavo del pecado, es decir de Satán, y en consecuencia es al diablo a quién Dios está obligado a dar un rescate para librar al hombre.

V.1.1.1. Críticas a las tesis de Ireneo

Esta explicación se mantendrá varios siglos y será aprovechada por Orígenes para plantear un punto de discusión: si Dios ha pagado un rescate a Satán, Dios ha engañado a Satán, puesto que Satanás retuvo durante unas horas con la muerte al Señor, resucitando después Dios a Jesús. Por lo tanto la transacción no es legal. Lo que Dios había entregado el viernes santo, lo vuelve a tomar el domingo de resurrección; en consecuencia, Dios ha engañado al diablo.

Más tarde, otros teólogos atacarán también la noción de Ireneo, insistiendo aún más en el aspecto inmoral de esta explicación. La crítica de Abelardo, hacia el siglo XI y XII d.C. se centrará sobre todo en una preocupación moral: si Jesús ha llegado a ser la presa de Satán, eso significa que Cristo ha quedado sometido a Satán, y ello indicaría una sumisión de la voluntad de Jesús a la voluntad de Satán, siendo esto impensable.

V.1.2. Atanasio

Atanasio (296-373 d.C.) presenta otra explicación de la muerte de Jesús; razona de la manera siguiente: es verdad que Satanás es el señor del hombre, esclavo del pecado, pero por encima del diablo está la ley de Dios. El hombre ha transgredido la ley, y esta transgresión lleva al castigo y a la muerte. No es pues posible liberar al hombre sin que se le llegue a dar una satisfacción a su ley. Será así como la noción de sustitución va a hacer su aparición.

La primera explicación se articulaba alrededor de la noción de rescate pagado al diablo. La segunda se centra bajo la ley de Dios. La ley de Dios que exige la muerte del culpable, y si el culpable no muere, alguien debe hacerlo en su lugar. La justicia de Dios no puede ser satisfecha de otra manera.

Atanasio desarrolla esta idea en su libro sobre la encarnación de Jesucristo: *Discurso acerca de la encarnación del Verbo*.

V.1.3. Anselmo de Canterbury y la sustitución vicaria

El pensamiento de Atanasio va a ser aprovechado en el siglo XI d.C. por un hombre célebre, un italiano que vivió largo tiempo en Normandía, norte de Francia, y finalizó sus días en Inglaterra: San Anselmo de Canterbury, que escribirá en su libro: *¿Por qué Dios se hizo hombre?* (*Cur Deus homo*) esta frase célebre: «Es necesario creer para comprender. Es imposible comprender antes que creer». Es una noción sumamente interesante. Y es verdad que si queremos comprenderlo todo antes de tener fe, nunca la tendremos. Me dirijo especialmente en estos momentos a intelectuales: es necesario descubrir que la fe es un camino de conocimiento. Nuestros sentidos constituyen un método de conocimiento. La razón es otra de las facultades que nos ayuda a conocer, y la ciencia demuestra que la fusión entre razonamiento y sentidos llega a hacer maravillas.

Hay una gama inmensa de aspectos del conocimiento que escapa a la razón y a los sentidos, y es ahí donde la fe nos da un valor y un servicio importante; porque la fe es también un camino de conocimiento. Esto San Anselmo lo ha comprendido formidablemente; pero a partir de aquí se permite faltar curiosamente a la lógica, porque si trata este tema basado en la fe no tiene derecho a ser ilógico.

La fe es un camino que nos lleva a posesionarnos de la voluntad de Dios. Recibimos la revelación de Dios por la fe, pero una vez que hemos recibido la revelación, no podemos deducir que ya no va a actuar la lógica. Todo lo contrario, en la medida que estudiemos la Biblia con lógica eliminaremos precisamente las contradicciones.

Lutero no habría clavado nunca las 95 tesis sobre la puerta de la iglesia de Wittenberg si hubiese faltado a la lógica. La Iglesia Adventista tampoco existiría si Miller y sus seguidores no la hubieran utilizado. Es sumamente capital el nombre griego dado por San Juan a Jesús: Λογος (*Lógos*); palabra de la cual se deriva 'lógico'.

Volvamos a San Anselmo y su explicación de la muerte de Jesús. El fundamento de su razonamiento es el siguiente: el pecado es un crimen de *lesa majestad*, es un robo que el hombre hace a Dios, es concebido única y exclusivamente en relación a Dios.

Anselmo ha descrito magistralmente el carácter de Dios, la superioridad de Dios que se impone en su mente. La desobediencia del hombre a Dios es un ataque a su soberanía, es decir, no darle a Dios lo que se le debe. Podemos aceptar voluntariamente que ahí haya un fondo de verdad. Pero, ¿qué es verdaderamente la base de la noción del pecado? ¿Qué estudiante osaría decir que Dios ha dado a los hombres una ley únicamente para probarles que Él está por encima de ellos? ¿Quién se atrevería a decir que la ley de Dios tiene como objetivo único llegar a honrar a Dios? Es una visión mutilada de la gloria de Dios, y mientras examinemos la ley de Dios bajo esta perspectiva quedaremos aparte de su revelación.

Podemos leer decenas de textos: «Observarás mis leyes: para que viváis..., para que estéis en paz..., para que seáis dichosos..., para que aumentéis vuestra inteligencia..., para que aumentéis vuestra sabiduría...». No es para sí mismo que Dios ha dado la ley, sino para la felicidad del hombre. La ley de Dios es una revelación de su propio carácter, y el carácter de Dios va impreso en su creación. Es una revelación de los principios mismos de la vida. ¿Qué químico sería capaz de manipular materias peligrosas sin conocer sus reacciones internas? ¿Qué piloto de aviación sería capaz de pilotar sin respetar las leyes de la aeronáutica? Existía entre los latinos un proverbio maravilloso: «No se manda nada sobre la Naturaleza, más que obedeciendo sus leyes». Por lo tanto es un privilegio conocer las leyes.

¡Ay del que no conoce las leyes! ¡Ay del que no conoce los principios de la vida!

Correríamos el peligro de morir por falta de conocimiento. Todo el arte médico consiste en conocer los principios de la salud y colocar al enfermo en armonía con dichos principios. San Anselmo vio únicamente el problema bajo el ángulo del honor. No olvidemos que era la época en que los jefes tenían un poder total y los esclavos, que eran todos los demás, no tenían más que el deber de obedecer. La desobediencia era un crimen de *lesa majestad*. Y ahí está la inconsecuencia de la explicación de San Anselmo. Así pues, el hombre se encuentra en situación de desequilibrio, debe a Dios obediencia pero no se la ha dado, y no puede dársela porque aunque llegue a partir de este momento a ser obediente y haga lo que debe, no tendrá con qué pagar la deuda del pasado. El pecador no puede ser salvo más que pagando el precio, trayendo una satisfacción a las exigencias de Dios, que el hombre no puede realizar. En otras palabras: *Dios quiere y no debe, el hombre quiere y no puede*.

Jesús se ofrece entonces. ¿Por qué Dios se hizo hombre? Dios se ha hecho hombre porque como hombre Él deberá y en tanto que Dios Él podrá. Ahí está todo el nudo de la sustitución vicaria.

Esta idea dominó toda la Edad Media, dominó a grandes reformadores, y hoy día aparece aún dentro de un sector de nuestra iglesia.

Pero una vez que Cristo haya traído satisfacción, ¿quién será salvo? La satisfacción traída por Cristo es completa. En un plato de la balanza están los hombres culpables y en el otro está la muerte de Dios. ¿Qué ocurre? La muerte de Dios es absoluta y por consiguiente mucho mayor, más fuerte que los pecados del hombre, de manera que todos los hombres pueden ser salvos. Pero no todos lo serán, y San Anselmo explica esto: Cuando Dios creó el universo con los ángeles, había una armonía celeste, era perfecto, pero hay ángeles que han pecado. Se ha roto la armonía. Hay un cierto número de ángeles que se van a perder y se va a producir un desequilibrio, y para cubrir ese desequilibrio Dios crea al hombre. No obstante el hombre peca también, y entonces hace falta salvar el número de hombres indispensable para colmar el desequilibrio en el cielo.

Sin embargo se continúa diciendo que la muerte de Jesús es una sustitución vicaria, sin darse cuenta de todo lo que esto conlleva. Yo creo que la base de la salvación de los hombres está en la sustitución de Jesús, pero no acepto absolutamente la sustitución tal como está enseñada por San Anselmo.

En la historia, y hasta el siglo XI d.C. se ha tratado de explicar la muerte de Jesús y la consecuencia de este conflicto de la sustitución vicaria. Es cierto que la muerte de Jesús fue concebida como absoluta pero se estimó que hacía falta añadir sufrimientos a todo ello. Así se abrieron monasterios en los que hombres y mujeres se infligían toda suerte de suplicios, y llegaron a hacer de su vida algo insoportable. Se flagelaban y sometían sus cuerpos a toda clase de privaciones. En fin, toda una serie de cosas inútiles que se imponía a la naturaleza humana, para consolidar la satisfacción debida a Dios. Esto humilla a Jesús.

V.1.3.1. Abelardo. Críticas a las tesis de Anselmo

¿Comprendemos bien a dónde nos lleva esto? Bajo este concepto la muerte de Jesús parece sublime, Jesús se da, Jesús es bueno, Jesús no debería morir, pero muere, sufre el martirio. Hace todo esto por amor al hombre, el amor de Jesús aparece como algo hermoso. Pero ¿dónde queda el amor de Dios que exige todo esto? ¿En qué satisface a Dios los

sufrimientos de Jesús? No se ha explicado nunca, bajo este prisma. ¿Por qué Dios se regocijaba mientras su Hijo moría? Y yo nunca he leído esto en las Escrituras. Hay, pues, en esta idea, algo que ultraja a Dios. Es la razón por la que creo que debemos superar este concepto.

El primero en atacarlo severamente fue Abelardo. Abelardo comprendió que el concepto de pecado, tal como lo había demostrado Anselmo, era insuficiente. Afirma que no era Dios quien tenía que cambiar con relación al hombre, sino que era el hombre el que había de cambiar con respecto a Dios. Con esto Abelardo rindió un precioso servicio. El error de Abelardo fue creer que simplemente la muerte de Jesús iba a cambiar el corazón del hombre. Según él, el hombre no está en condiciones de amar a Dios por sí mismo, pero ante la manifestación de amor de Dios en la muerte de Jesús, el hombre queda sensibilizado y hecho apto para amarle.

Abelardo toca ahí un punto extremadamente importante. Dios no debe cambiar con relación al hombre sino el hombre con relación a Dios. Pero Abelardo no ha llegado a ver completamente el nexo que existe entre la muerte de Cristo y la transformación completa del hombre.

En el siglo XVI se continuó criticando esta opción de sustitución vicaria. En concreto, Socinio y el movimiento por él creado, el socinianismo. No creo útil entrar en los detalles de este movimiento.

V.2. LA MUERTE DE JESÚS

Creo que es el momento oportuno de leer lo que dice nuestra Biblia.

Ahora que tenemos el fondo del tema destacaría tres grandes explicaciones:

- 1) La muerte de Jesús: ¿Un rescate al diablo?
- 2) La muerte de Jesús: ¿Una sustitución que causa satisfacción a Dios?
- 3) La muerte de Jesús: ¿Actúa moralmente para cambiar el corazón del hombre?

V.2.1. ¿Un rescate al diablo?

Hablemos primeramente del rescate. En griego la palabra λυτρον (*lytron*) es un sustantivo que proviene del verbo λυω (*lyo*) que significa: desatar, liberar. Por ejemplo, en el caso de un esclavo que está sometido a su señor; el rescate es lo que permite al esclavo liberarse. La Palabra de Dios emplea la expresión *lytron* y sus derivadas: λυτρωσις (*lytrosis*), y sobre todo απολυτρωσις (*apolytrosis*) que provienen de la misma raíz. La expresión más fuerte de las dos es: *apolytrosis*, que significa: «quedar liberado permaneciendo separado de». Si yo estoy ligado a mi hermano, la *apolytrosis* consistiría en quedar liberado permaneciendo separados.

Es verdad que en la concepción clásica griega esta palabra tenía un sentido de transacción comercial, no se obtenía la liberación más que pagando una cierta suma a su señor y una vez que el dueño recibía en mano el precio del rescate, ya ningún derecho tenía sobre el esclavo. Este quedaba separado y libre.

Si damos en las Escrituras a esta palabra su connotación comercial llegamos a un *impasse*. Si el rescate es pagado al diablo, hemos visto que Ireneo tenía razón, el diablo fue engañado. Es ¡impensable!, ¡inadmisible!, Dios no puede engañar al diablo. Es también inadmisibles que Dios tenga que dar cuentas al diablo. El diablo no tiene derechos, el soberano es

Dios y no se concibe al Señor obligado a discutir con Satanás. Por consiguiente, un rescate pagado al diablo es un contrasentido. Va en contra de lo más sagrado de las Escrituras.

V.2.2. ¿Un rescate a Dios?

¿Podemos decir entonces que es un rescate pagado a Dios? Si el rescate es pagado a Dios se llega a otro resultado. Dios no tiene ningún derecho sobre el hombre en estos momentos. Dios recibe el rescate, el hombre era esclavo de su ley, pero gracias a la *apolytrosis* yo me separo de Dios, y es precisamente lo opuesto a lo que enseñan las Escrituras. Ello es tan cierto que en Apocalipsis 5: 9, en el cántico de los elegidos, se dice que el rescate ha sido ofrecido no a Dios, sino para que dejásemos de ser esclavos y fuésemos puestos de nuevo en las manos de Dios. Por tanto, el fin de la muerte de Jesús no es separarnos de Dios sino todo lo contrario, llevarnos a Él.

En la epístola a los Romanos leemos: «Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al poder del pecado» (Rom. 7: 14). ¿Quién ha vendido y a qué precio? ¿Ha habido una transacción comercial? Esto no es más que una de esas imágenes que abundan en las Escrituras para describir una situación trágica. A partir del momento en que yo soy pecador el pecado se convierte en mi señor, soy subyugado por el pecado, es como si hubiese sido vendido al pecado, pero sin transacción comercial. Dios no ha ido a buscar al diablo para decirle: «Voy a comprarte algunos hombres, ¿cuánto pides por ellos?». Y así podemos decir que hemos sido vendidos al pecado.

De la misma manera, hemos sido rescatados del pecado, liberados con relación a ese gran poder, separados del pecado, de Satanás, por el rescate de Jesús. ¿Ha habido transacción comercial? No lo creo. No ha habido un arreglo entre Dios y Satanás, ni entre Jesús y otros poderes. Por otra parte, estas palabras que he mencionado, significan también liberación.

V.2.3. ¿Expiación o liberación del pecado?

En Lucas 21: 28 se habla de la liberación del pueblo de Dios y se emplea *apolytrosis*, y en esta liberación no hay transacción comercial. La palabra está tomada aquí en su sentido etimológico, sin ningún sentido comercial. Por el contrario, cuando se habla de Jesús que da su vida por rescate no hay que preguntarse: ¿a quién? Es una imagen fuerte para hacernos comprender que siguiendo a Jesús, adhiriéndose a él por la fe seremos verdaderamente libres de ese poder. He ahí la explicación de la palabra rescate.

Pero quisiera profundizar ahora en la noción de expiación y propiciación. Hay dos familias de palabras: el famoso término hebreo פָּדָה (*pâdâh*) y la palabra גָּאָל (*ga'al*). Son dos términos que han sido empleados para expresar la noción de liberación por rescate. Por ejemplo, la liberación de Egipto, cuando estudiamos el rescate de los primogénitos, el rescate de los pobres, el rescate de Jerusalén, y en todas esas expresiones no existe un intercambio comercial, pero queda patente la idea de liberación.

El pecado es una potencia extraordinaria que nos ha esclavizado. Tenemos ejemplos trágicos como son el tabaco, el alcohol, la droga, el sexo; potencias amplísimas que llegan a esclavizar al hombre. Es preciso que las ataduras sean rotas.

Tras una serie de conferencias que he expuesto recientemente en la ciudad de Lausana, Suiza, he entrado en contacto con un matrimonio, un hombre y una mujer de unos cuarenta años; una pareja encantadora. Él es químico. Lo tienen todo para ser felices, pero ella

sufre una depresión terrible, empieza a llorar cuando se despierta y tiene problemas para dormir. En el penúltimo encuentro que vivió con ellos, hace ahora unos diez días, ella me hizo una confesión completa de su vida y terminó por traerme unos libros, libros de ocultismo. Me trajo una verdadera pila de libros que tenía. Puestos unos encima de los otros se elevaban aproximadamente a la altura de un metro. ¡Esa mujer ha quemado todos esos libros! ¡Quiero creer que la gracia de Dios va realmente a liberarla!

El pecado es un peso, un señor y dueño terrible. Y nosotros también necesitamos ser liberados.

Hay otra palabra en el Antiguo Testamento; es el verbo hebreo כָּפַר (*kâphar*), que se traduce generalmente por: expiar. Hay algo sorprendente que se produce al estudiar los términos del verbo hebreo *kâphar*, es el hecho de que siempre es Dios el sujeto. No hay ni un solo ejemplo contrario. Dios siempre figura como sujeto del verbo y el complemento de objeto directo son siempre el hombre o el pecado. Dios expía al hombre pecador o expía su pecado. Esto es lo que se llama expiación directa, pero el verbo no se emplea en el sentido que normalmente empleamos en francés; en francés es el pecador quien expía y, se dice incluso que, paga sus faltas. Durante toda la Edad Media se utilizó esta noción: un hombre cae enfermo y sufre, por consiguiente ya expía. No es en este sentido que la Biblia emplea este verbo, porque en la Biblia es Dios quien expía el pecado.

Se han estudiado mucho en los últimos años las expresiones *kâphar* y *kipher* del hebreo. Uno de nuestros grandes especialistas en hebreo, un norteamericano, ha escrito en la revista *Ministry* (revista para los pastores) artículos sumamente interesantes. Hay un libro incluso, que ha sido publicado por la Asociación General bajo el título de: *Problemas en lo que concierne a la traducción de la Biblia*; en el que hay todo un capítulo sobre estas dos palabras.

En la antigüedad incluso los judíos fueron influenciados por el paganismo. ¿Por qué se ofrecían sacrificios? Primeramente se llevan al dios los panes sagrados y el néctar (había pues que alimentar a los dioses). Pero pronto el pan y el néctar ya no son suficientes, el dios tenía sed de sangre, para lo cual se sacrificaban animales, la cual en poco tiempo deja de ser suficiente y se comienza a ofrecer a los dioses sangre humana. Ya sabéis de la existencia del tabernáculo de Moloc, del cual el Antiguo Testamento habla como particularmente sanguinario.

Los arqueólogos han encontrado en los subsuelos de Canaán casas de los habitantes del país antes de las invasiones llevadas a cabo por los israelitas, y se vio que aquellas personas ofrecían constantemente sacrificios sobre todo de niños. Por ejemplo, cuando se construía una casa, se encerraba a un niño en una jarra y se tapiaba esta, con el niño dentro, en el ángulo principal de la casa. Los arqueólogos tienen la certeza de que en la mayoría de las casas, los niños eran tapiados de esta forma estando vivos. Tenemos una idea muy pobre de la tragedia de sus cultos y de aquellos ríos de sangre que han corrido para calmar y satisfacer la cólera de los dioses. Lo triste, es que también el pueblo judío fue invadido por esas ideas.

La Sra. de White ha protestado con mucha energía. Ha dicho: ¡No!, ¡no! ¡No agrada a Dios que se hagan sacrificios de este tipo! ¡No es el sacrificio lo que llega a engendrar el amor de Dios! es todo lo contrario, es el amor de Dios el que ha hecho posible el sacrificio de Cristo. ¡Justamente lo inverso!

¿Cómo hemos entonces de comprender este verbo *kâphar*? En la traducción al griego,

casi siempre se utiliza la expresión *ιλασκομαι* (*hiláskomai*). El primer sentido de la expresión *kâphar* es cubrir. Encontramos, por ejemplo en el relato del diluvio, cuando se construye el Arca, que hay que recubrirla con betún. Es una palabra de la misma familia que la utilizada en el relato del salvamento de Moisés cuando era niño, su madre prepara una cuna y para que sea insumergible la recubre o impregna de betún; de esta manera será Moisés salvado de las aguas.

En el Edén, Adán y Eva se hicieron vestidos con hojas y se escondieron en presencia de Dios. Este los busca: «Adán, Adán ¿dónde estás?...» (Gén. 3: 9). Y cuando Dios descubre a Adán y ve su desnudez, el texto, muy sobrio, dice que cubrió a Adán con una piel de animal la cual tuvo por fuerza que tomarla de alguna parte. Recordáis que Dios había dicho a Adán: «El día que comas de él morirás» (Gén. 2: 17). No hay nada más antipedagógico que no ejecutar una sentencia. Amenazar y no cumplir, es perder toda autoridad. Por otra parte, ¿cómo podía Adán comprender esa expresión: «morirás»? No sabía qué era la muerte, y fue necesario que Dios mismo ofreciese allí un sacrificio, para hacer comprender a Adán el don de gracia que Él le ofrecía: «Tú deberías morir como este animal, pero no morirás porque yo te daré mi gracia»; y entonces recubre a Adán con la piel del animal. Es así como estos verbos van a tomar el significado de perdonar. Muchos especialistas creen que es el sentido único que tienen.

Todos los verbos que han sido traducidos por expiar, en realidad significarían perdonar.

Pero, hay otros especialistas que creen que este significado es insuficiente, no es posible perdonar el pecado simplemente recubriéndolo. No se puede ocultar el pecado cometido. Y así, reencontramos la noción de pecado, que yo he empezado a criticar antes, en la noción de Anselmo.

Amigos, el pecado es una enfermedad, es una deformación de la naturaleza humana. Y no basta con cubrir el pecado que ha sido cometido, porque el hombre continuará cometiendo la misma falta.

En el Salmo 51 se nos muestra cómo David había comprendido esto: «Si Tú hubieses querido sacrificios, yo te los habría ofrecido, pero no es esto lo que a ti te gusta. Lo que es necesario es que mi mente cambie, que mi corazón sea transformado [...]». David sigue diciendo: «Purifícame con hisopo». Los hisopos se empleaban para purificar a los leprosos. Cuando un leproso iba ante un sacerdote para ser reconocido como sanado, el acto de purificación del sacerdote era hecho con un hisopo. Es decir, que David reconoce haber pasado por el estado de leproso. No basta con cubrir la lepra, puesto que continuará allí; hay que sanarla. Ahí está el sentido del verbo *kâphar* y el verbo *hiláskomai*.

Expiar no significa únicamente hacer sufrir a alguien que no lo merece para liberar a otro que será puesto «bajo la protección de...» Estas son nociones de la Edad Media). Pero la verdadera expiación, el verdadero perdón, conlleva una salud, un ser liberado, arrancar, sacar de raíz del corazón el pecado del hombre. Es únicamente entonces cuando Dios queda satisfecho.

V.3. LA JUSTICIA DE DIOS

En la noción de satisfacción hay una gran verdad: Hay que satisfacer, sí, la justicia de Dios. ¿Cómo va a dejar Dios de ser justo? Hay un maravilloso salmo que habla de ese encuentro entre el amor y la justicia de Dios, y es un texto que la Sra. de White cita con-

stantemente. Es necesario que haya fusión entre la justicia y el amor de Dios.

Por consiguiente, ¿hay que satisfacer la justicia de Dios, como decía Anselmo? ¡Sí!, ¡claro que sí! ¿Cómo podríamos vivir en un mundo injusto? ¿Cómo soportaría Dios un mundo así? ¡No es posible! Pero la satisfacción de la justicia de Dios no es tampoco lo que Anselmo imaginó. La justicia de Dios no queda satisfecha cuando el hombre inocente paga en lugar del culpable. ¿Qué placer puede encontrar Dios infligiendo un castigo a un inocente en lugar del culpable? La justicia de Dios queda satisfecha cuando el hombre es transformado. Tenemos necesidad de estudiar esa transformación del hombre por Cristo.

Quisiera, para terminar, citar un texto de Pablo; es un texto magistral: «Mas ahora, sin la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, testificada por la ley y los profetas: la justicia de Dios por la fe de Jesucristo, para todos los que creen en él; porque no hay diferencia; por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios; siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús; al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar su justicia en este tiempo: para que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Rom. 3: 21-26).

En este pasaje domina la expresión justicia de Dios. Sin la ley es manifestada la justicia de Dios; es la justicia de la que testificaban «la ley y los profetas»; pero es la justicia «por» la fe (vers. 22), porque somos justificados gratuitamente (vers. 24), y entonces el apóstol se pregunta: ¿Dios es justo cuando justifica? Justificar es considerar como justo al que no lo es. Cuando Jesús dijo que el publicano había vuelto a su casa justificado, este hombre era consciente de su injusticia, e hizo un llamamiento a la misericordia divina. Jesús dijo: «Por tanto, fue justificado» (Luc. 18: 14).

La justificación es una nueva forma de mirar al hombre. El hombre sigue siendo injusto, pero Dios lo considera justo. El apóstol Pablo pregunta: ¿Es justo? ¿Consideraríamos nosotros, ante un tribunal como justas las personas que sabemos que no lo son? Si nosotros estuviésemos implicados en un proceso, creo que no nos gustaría en absoluto pasar ante el tribunal de esa manera. Y por lo tanto, es una certeza: Dios considera justo al que no es justo. ¿Es Dios justo haciendo esto? Es precisamente el asunto que domina este pasaje. En la conclusión del versículo 25 leemos: «Para manifestación de su justicia, habiendo justificado». Dios justifica, y justificando es justo.

V.3.1. Jesús: mediador y Sumo Sacerdote

¿Cuál es la explicación a esto? (vers. 25): Es que Dios estableció anteriormente a Cristo como propiciatorio. En la versión francesa dice, incluso, víctima propiciatoria; pero en texto griego no está la palabra: víctima. Hay solo una palabra *ἱλαστηριον* (*hilastérion*), que viene precisamente del verbo *hiláskomai* y significa «cubrir curando». El sustantivo es *hilastérion* que en francés es: propiciatorio.

Yo, tuve hace años la ocasión de seguir un curso de griego por un profesor de la Universidad de Andrews que escribió gran cantidad de artículos en el Comentario Bíblico Adventista. Cuando este hermano supo que la cobertura del arca, se llamaba en francés: propiciatorio, casi se tiró al suelo para mostrar su desacuerdo. ¡Tanto, y de tal manera quiso él, mostrar su desaprobación!

¿Qué hay en la palabra *propiciatorio*?: hacer a Dios propicio. ¿Dios no es pues propicio

al pecador? ¿No tiene para el pecado más que su cólera, y para calmar esta, es necesaria la sangre de Jesús?

Decir esto, es hacer una deformación del carácter maravilloso de nuestro Dios. Es, un poco, asimilar nuestro Dios, al Moloc sanguinario de los paganos. Pero no tenemos un término francés distinto, para describir la cobertura del Arca. Pero sí importa saber que Jesús es considerado como esa cobertura; y es necesario que yo evoque la ceremonia del Yom Kippur (día de las expiaciones). Dejemos el sentido pagano de este término: expiaciones, y fijémonos en su significado bíblico. ¿Qué sucedía en el Yom Kippur? (Kippur: raíz semejante a *kâphar, kipher*). Recordemos el sacrificio de los dos machos cabríos: Se echaban suertes con lo que uno era dedicado al Eterno y el otro a Azazel. El del Eterno era ofrecido en sacrificio. Y ¿qué se hacía con el otro? En Levítico 16 explícitamente se dice que todos los pecados del pueblo eran traspasados sobre la cabeza de este, —el dedicado a Azazel.

Aquellos que han sido dominados por el concepto de Anselmo, a causa de este versículo han pretendido que Azazel no representa a Satanás sino a Dios. Pero, todos sabemos que, ese macho cabrío representa únicamente a Satanás. ¿Qué se hace con este macho cabrío?, se lleva al desierto. La figura del macho cabrío llevado al desierto, representa la imagen de Satanás durante el milenio.

Refiramos unas palabras sobre el macho cabrío dedicado al Eterno. También se imponían las manos sobre él, pero no se habla nunca de sustitución. La imposición de manos sobre este, significaba, sobre todo, la identificación. Cuando un pastor impone las manos sobre un anciano, no sustituye desde el punto de vista jurídico su bendición, sino que comparte con el anciano su bendición; se identifica con este. Era el Sumo Sacerdote el que llevaba sobre su pectoral la imagen de todo el pueblo. Actuaba allí como mediador entre Dios y los hombres. Anteriormente se hacía un llamamiento para que todo el pueblo confesara y se arrepintiese de sus pecados. Era el día más solemne, el día en que Dios juzgaba. Había gran temor, y mientras el Sumo Sacerdote no salía del lugar Santísimo al exterior del Tabernáculo, se preguntaban en qué situación se encontraban.

Así pues, todos los judíos que se habían arrepentido eran, de alguna manera llevados por el Sumo Sacerdote, quien se identificaba con el macho cabrío, que simbolizaba a Cristo. Se degollaba a ese macho cabrío y esa sangre se llevaba hasta el propiciatorio. ¿Qué significaba la sangre?: «Porque la vida de la carne está: y yo os la he dado para expiar vuestras personas sobre el altar: por lo cual la misma sangre expiará la persona. Por tanto, he dicho a los hijos de Israel: Ninguna persona de vosotros comerá sangre, ni el extranjero que peregrina entre vosotros comerá sangre» (Lev. 17: 11, 12).

La primera afirmación es que: el alma está en la sangre; y la expresión *alma*, es la vida.

La segunda afirmación dice: es por el alma que la sangre hace la expiación; es decir, que es por la vida que se hace la expiación.

El acento no se pone en la muerte, sino en la vida. Son los paganos quienes ponían el acento sobre la muerte.

¿Qué dice el apóstol Pablo?: «Cristo ha muerto, más aún, ha resucitado» (Rom. 8: 34). No es pues por la muerte que somos salvos; es sobre todo por la vida de Jesús que somos salvos.

Hay pues una identificación de todo el pueblo con Jesús, como intermediario y Sumo Sacerdote. La sangre de este macho cabrío es pues el portador de la sangre de Jesús y de todos aquellos que se van a identificar con él, y esa sangre, que se va a llevar hasta el

propiciatorio, delante de Dios, como para decir al Señor: «He aquí todo lo que puedo ofrecerte, si yo no tuviera más que mi vida para ofrecerte no tendría ningún valor, ni siquiera mis oraciones pueden llegar a ti si no es por Jesús».

Hay un texto magistral escrito por la Sra. de White, en el cual insiste en que las mejores cosas del hombre quedan tan lejos de la santidad de Dios que no podemos llevárselas más que a través de Jesús. Señor, yo quisiera, pues, llevarte mi vida, pero no es más que mi vida. Me he identificado con mi Salvador Jesús, y no quisiera vivir más que a través de y en él; que su vida fuese mi vida, y es esta vida la que yo hoy te presento. He ahí pues, el sentido de esa ceremonia extraordinaria.

El apóstol Pablo hace alusión a esto: ¿Por qué Dios es justo considerándome justo a pesar de mis faltas? Es porque yo me he identificado con Jesús. Es porque Jesús me sustituye a mí; hay pues una sustitución generosa de Jesús para conmigo. Él sustituye su santidad por mis pecados, su justicia por mi injusticia, su fuerza por mi debilidad; de forma que yo pueda ser presentable delante de mi Dios, su Padre. Y es a partir de aquí que yo vengo a ser uno con Jesús. Dios no me ve ya como soy ahora, sino a través de los méritos de Jesús. Ve toda la grandeza, toda la belleza, todo el encanto de Jesús en mi lugar.

¡Esta sustitución es maravillosa! ¡Hace honor a Jesús!, pero también da honor a Dios, Nuestro Padre de los cielos.

¡Que Dios nos bendiga!

VI. VOCABULARIO GRIEGO-CASTELLANO

- αναφερω (anaféro): levantar, poner en alto.
- δια (diá): a causa de, para.
- δουλου (doúlou): esclavo, Fil. 2: 7.
- «εαυτον εκενωσεν (heautón ekénosen) (se vació a sí mismo)», Fil. 2: 7.
- εκ πιστεως (ek rísteos): de fe.
- εν νομω (en nómo): en ley.
- εντυγχανω (entugkháno): interceder.
- ιλασκομαι (hiláskomai): cubrir, expiar, propiciar, hacerse favorable.
- ιλαστηριον (hilastérion): propiciatorio.
- καταλλαγη (katalagué): reconciliación.
- καταλλασσω (kataláso): reconciliarse, convertirse en otro de una forma completa, Rom. 5: 10. κατα (katá): de arriba abajo, total, completo. αλλασσω (aláso): cambiar, transformar.
- λογος (lógos): palabra.
- λυτρον (lytron): rescate.
- λυω (lyo): desatar, liberar.
- λυτρωσις (lytrosis): rescate, redención.
- απολυτρωσις (apolytrosis): poner en libertad mediante rescate.
- «ομοιωματι σαρκος αμαρτιας (homoiómati sarkós hamartías) (semejanza de carne de pecado)», Rom. 8: 3.
- παρακλητος (parákletos): consolador.
- παρακαλεω (parakaleo): llamar en auxilio.
- σαρξ εγενετο (sarx egéneto) (se convirtió en carne)», Juan 1: 14.

- συμφυτος (symfytos): plantar junto, injertar, Rom. 6.
- φυτον (fytón): planta, raíz.
- συν (syn): juntamente, con.
- συμφυτοι Χριστος (symfytoi Khristós): una misma planta en Cristo.
- συμμορφους Χριστος (symmórfous Khristós): conforme a Cristo.
- «τοτε αφησιν αυτον (tôte afiesin autón) (entonces se [lo] permitió)», Mat. 3: 15.
- υπερ ημων αμαρτιαν εποιησεν (hupér hemôn hamartían epoíesen) (fue hecho pecado por nosotros)», 2 Cor. 5: 21.

VII. VOCABULARIO HEBREO-CASTELLANO

- גָּאֹל (ga'al): redención.
- יוֹם כִּפּוּרִים (Yom Kippurim): Día de Expiaciones.
- כָּפַר (kâphar): expiar, cubrir.
- כִּפֶּה (kipher): expiación.
- פָּדָה (pâdâh): liberar, redimir, rescatar.

Notas

¹ Bonnard, Pierre. *Evangelio según San Mateo*. Cristiandad, Madrid, 20 ed., 1983

² El orador, G. Stéveny, en el momento de dictar las presentes charlas, diciembre de 1983, era presidente de la Asociación de Iglesias Cristianas Adventistas de la Suisse Romande. En la terminología de la Iglesia Adventista de expresión francesa se usa 'federación' por 'asociación'.